

EL PERIODICO PARA TODOS

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.

PRECIO EN MADRID.

Un real cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE REPARTE UN NÚMERO SEMANAL.

PRECIO EN AMÉRICA, DOS REALES EL NÚMERO.

Se suscribe en Madrid, Provincias y América en todas las librerías, ó bien dirigiéndose á su Editor D. JESUS GRACIA, Encomienda, 19, principal, Madrid.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Real y medio cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE LLEVA Á DOMICILIO.

EL REY DEL PUÑAL



..... fué condenado á muerte, ahorcado y arrastrado por traidor (pág. 82).

SUMARIO.

TEXTO.—El Rey del puñal, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—La abnegacion considerada como virtud política, por don Eduardo Chao.—Honor de esposa y corazon de madre, novela por don Ramon Ortega y Frias.—Antes y despues de las elecciones, por don Ramon Ortega y Frias.—Seccion de America.—Ausencias causan olvido, novela por don Torcuato Tárrego y Mateos.—La sed de oro, por don J. Pascual y Camp de Padrós.—Historia de la insurreccion carlista de 1872, por don Ramon Ortega y Frias.—Causas célebres.—Seccion festiva.

GRABADOS.—El Rey del puñal.—Antes de las elecciones.—Despues de las elecciones.—Retirada de la faccion en Mañaria.

EL REY DEL PUÑAL.

NOVELA HISTORICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LIBRO PRIMERO.

EL REY DE MALLORCA.

(Continuacion.)

CAPÍTULO VI.

En que se entra, porques es de todo punto necesario, en algunos breves antecedentes históricos.

Debemos dar á conocer, por algunos antecedentes históricos, la situacion en que se encontraba la viuda de Alfonso II el Benigno, rey de Aragon y padre del rey don Pedro.

Entre el padre y el hijo se libró una larga querrela durante el breve reinado del primero.

La causa era la siguiente:

Don Jaime II de Aragon, abuelo del infante don Pedro, habia determinado por una ley en 1319, que los reinos de Aragon y Valencia, con el condado de Barcelona, quedasen de tal manera unidos bajo un solo soberano, que nadie, andando el tiempo, los pudiese separar.

Pero se reservó el derecho de poder dar á sus hijos, á sus nietos y á otras personas que le pluguiese, infantazgos sobre villas, castillos y otros heredamientos, y los reyes sus sucesores debian jurar pública y solemnemente esta ley.

Su hijo Alfonso, que despues le sucedió, teniendo en cuenta el empobrecimiento á que habian llegado los dominios reales por las mercedes de los reyes sus antecesores, se obligó en Daroca á no enajenar en diez años ni villas, ni rentas, ni feudos ni nada perteneciente á la corona, y con tal encarecimiento en sus palabras, que sobreentendió se privaba voluntaria y libérrimamente de dar infantazgos á los hijos que pudiesen nacer de otro matrimonio.

Casóse Alfonso II en segundas nupcias con doña Leonor, hermana de don Alonso XI de Castilla, y ésta, por consejo de su aya doña Suncha, influyó de tal manera y tan hábilmente con el papa y con el rey su marido, que éste declaró que su intencion al promulgar el Estatuto de Daroca no habia sido comprender en él ni á la reina doña Leonor ni á los hijos que de ella tuviese.

Tuvolos en efecto, y fueron los infantes don Fernando, don Juan y don Pedro.

Además de que ya por el contrato matrimonial habia dado á la reina la ciudad de Huesca con algunas villas y castillos, dió á su hijo el infante don Fernando para él y sus descendientes la ciudad de Tortosa, con título de marqués.

Protestaron contra esto los ciudadanos de Tortosa.

Pero al fin, halagados con promesas, con-

sintieron en la donacion y reconocieron al infante don Fernando como su señor natural. No se detuvo aquí el rey, ó por mejor decir, la influencia de la reina sobre él, y doña Leonor tuvo en donacion Alicante, Elche, Novelda, Orihuela, Guardamar y Albarracin con sus aldeas.

Envalentonado el rey con la aquiescencia de los prohombres de Aragon, y cada vez más dominado por su esposa, la donó las villas de Játiva, Alcira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellon, como si dijéramos lo mejor del reino de Valencia.

Sublevóse el orgullo de los valencianos, cuya gran mayoría se puso en armas, particularmente los de Valencia, que resolvieron ir donde se hallaba el rey, y no ménos que matar á cuantos encontrasen en la corte, salvo el rey, la reina y el infante don Fernando.

Pero sabiendo esto los jurados de Valencia, se fueron al rey, y un tal Guillen de Vinaten, hombre común, pero que gozaba de una gran popularidad y de una gran influencia en el regimiento del pueblo, enderezó al rey ante los prelados, próceres y consejeros que le acompañaban, una alocucion que copiamos íntegra del analista Abarca en gracia de su arrogancia, notabilísima en un villano de aquellos tiempos hablando á su rey:

—«Señor,—le dijo,—las donaciones de las villas de Játiva, Alcira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellon, que son parte de este reino, han parecido tan exorbitantes y desordenadas (aun para la comodidad de vuestros hijos), que nuestra ciudad y todos los pueblos del reino con profunda admiracion se desconsuelan de que vuestra persona real haya decretado, y se irritan de que vuestros consejeros las hayan permitido ó procurado, como si la república los sustentase, honrase y obedeciese para que con sus lisonjas ambiciosas ó pusilánimes sean nuestros primeros y más encarnizados enemigos, no para ser nuestros fieles y justos procuradores, ó como si pudiese llamarse servicio vuestro lo que es ruina de los reinos que os dan el nombre y majestad de rey, en los cuales por vuestra naturaleza no sois más que como las demás hombres, y por vuestro oficio (que Dios por la voluntad de ellos como por instrumento de su Providencia puso en vuestra persona), sois el corazon, la cabeza y el alma de todos. Así, no podeis querer cosa que sea contra ellos, pues como hombre no sois sobre nosotros, y como rey sois por nosotros y para nosotros. Fundado pues, en esta manifiesta y santa verdad, os decimos que no permitiremos el exceso de estas mercedes, porque son el destrozo y el peligro de estos reinos. La division de la corona de Aragon y el quebrantamiento de los mejores fueros, por los cuales advertimos á vuestra real benignidad que estamos todos prontos á morir, y pensamos en eso servir á Dios y á vos. Mas sepan vuestros consejeros que si yo y mis compañeros muriésemos ó padeciésemos aquí por esta justa libertad ninguno de cuantos estais en el palacio, ménos las personas reales, dejaría de ser hoy degollado á mano de la justa venganza de nuestros ciudadanos.»

Así se hablaba en nuestra patria en la Edad Media.

En esa época de creencias, de valor, de heroismo, de libertad, á la cual algunos charlatanes ignorantes se atreven á llamar tiempos de barbarie.

Así hablaba un villano de la coronilla de Aragon al rey.

Y la verdad es que se callaron confasos y temerosos los cortesanos; que el rey don Alfonso no se irritó, bien es verdad que era de blando carácter, por lo cual sin duda le llamaban el Benigno, y salió del paso excusándose de tal manera, que toda la culpa iba á caer sobre su mujer la reina doña Leonor.

Esta, acostumbrada á los bríos de los reyes de Castilla, en cuyo reino los fueros no eran tan libres ni con mucho como en Ara-

gon, confiada además en el poder de su hermano don Alfonso el Onceno, exclamó en un arranque varonil, todo castellano:

—¡Vive Dios, que tal cosa como ésta no la sufriría mi hermano el rey de Castilla; antes bien mandaría degollar á esta gente traidora y sediciosa!

—Reina,—contestó el rey don Alfonso,—en Castilla hay ménos libertad que en Aragon; nuestros vasallos nos reverencian como á señor suyo, y Nos los tenemos á ellos por buenos vasallos y compañeros.

Y diciendo esto se levantó y revocó las donaciones, dando de esta manera la razon á sus vasallos.

De lo que resulta, que el rey don Alfonso, aunque benigno, ántes que todo era aragones.

Se irritó la reina con esto de tal manera, y tomó tal odio á los consejeros del rey que seguian el partido del astuto infante don Pedro y al infante mismo, promovedor de todo aquello, que muchos fueron desterrados de la corte, y no pocos salieron escapados, temerosos de la venganza de la altiva doña Leonor.

Uno de ellos, don Lope de Concut, que confiando en su inocencia no puso tierra de por medio, fué la victima; que siempre en todas las turbulencias políticas hay un simple, cuando no muchos, que pague por todos y sirva de saludable escarmiento para que se respete la tiranía, ó más bien para que se la tema.

Bajo la acusacion calumniosa de haber querido dar bebedizos á la reina para esterilizarla, fué preso, atormentado, condenado á muerte, ahorcado y arrastrado por traidor.

¡Pobre hombre!

Con ésta y otras cosas, el infante don Pedro, que aunque jóven era violento y ambicioso, tomó tal odio á su madrastra, que no cesó de conspirar contra ella.

Sus partidarios, viendo que si le dejaban en las manos del rey era como dejarle á merced de la reina, se lo llevaron á las montañas de Jaca, resueltos á meterse con él en Francia si era necesario.

Disgustóse con esto profundamente el reino.

Y de tal manera, que el rey benigno, viendo que las cosas se preparaban para él muy mal, mirando á sí propio, dejó por algun tiempo de ser benigno para con su mujer, y su heredero el infante don Pedro obtuvo, como le correspondia y segun era costumbre en aquellos tiempos, el tomar parte en la gobernacion del reino, representándole en estas funciones, á causa de su menor edad, su ayo don Miguel de Gurrea.

Pero á pesar de su menor edad, desplegó el infante tal precocidad, tal actividad, tal energía, que se hizo muy pronto respetar y temer más que el rey mismo, y empezó á hacerse un partido entre el pueblo, que fomentaba con secretas inteligencias con los gobernadores de algunas ciudades.

Esto exacerbó la situacion.

El padre tuvo celos del hijo, y llegó hasta el furor el aborrecimiento de la madrastra.

Convenia entonces al rey de Navarra, que estaba en guerra con el de Castilla, aliarse con el rey de Aragon, y á este fin se convino el casamiento del infante don Pedro con doña Juana, princesa de Navarra.

Hicieron las capitulaciones en 1331, y para su cumplimiento se entregaron castillos en rehenes por ambas partes.

Pero la reina de Aragon, que acababa de dar á luz al infante don Juan, fatigaba al rey, cuya salud quebrantada ponía á cada momento en peligro su vida, para que cuanto ántes diese al nuevo infante heredamientos en aquel reino.

Siempre atento el infante don Pedro á destruir los proyectos de su madre, determinó con los de su consejo de Zaragoza enviar embajadores al nuevo pontífice Benedicto XII, que recientemente había subido al pontificado por muerte de Juan XXII, para que le felicitasen por su exaltación al trono de San Pedro, y aprovechando el viaje le hiciesen presente las consecuencias difíciles que resultaban de que los papas dispensasen juramentos tales como el que su padre había hecho en Barroca para no enajenar nada que perteneciese al patrimonio real, y le rogasen no autorizara con sus dispensas tan perjudiciales donaciones, ni permitiera que las dignidades eclesiásticas en Aragón se diesen á otros que á naturales del reino, y no á castellanos, como la reina doña Leonor pretendía, ni á cualquiera otro extranjero.

No podía decirse que el joven infante se descuidaba en la tarea de conservar lo más íntegro posible para sí su real herencia.

Obstinábase, sin embargo, doña Leonor en sus proyectos; y como la enfermedad del rey, que se encontraba en Barcelona, hubiese llegado al punto de amenazar con su próximo fallecimiento, hizo de manera que algunos castillos aragoneses de la frontera de Castilla se entregasen á deudos suyos para facilitar, llegado el caso, al rey su hermano la entrada en Aragón, y con su hijastro á confirmar las donaciones hechas por el rey de Aragón.

Apercibióse de esto el cuidadoso infante don Pedro, que con una presteza y una energía maravillosas se apresuró á guarnecer con gente de su partido aquellos mismos castillos, cuya tenencia quería la reina se diese á castellanos.

Esto intimidó á doña Leonor.

Comprendió la suerte que le estaba reservada cuando el rey muriese; y dejando á don Alfonso su marido en Barcelona, casi en el trance de la muerte, y por consejo de éste, que lo temía todo por su mujer y por los hijos que de ella había tenido, atendida la ira letal del infante don Pedro contra ella, partió con sus hijos como fugada, y apenas tuvo tiempo para pasar las fronteras de Castilla.

Murió entre tanto el rey don Alfonso el Benigno á 24 de Enero de 1336.

Y aunque don Pedro, su hijo y sucesor, envió á gran prisa gentes que alcanzasen y detuviesen á la fugitiva, aunque mandó se interceptasen las barcas del Ebro, la reina doña Leonor, que había sabido la suerte del rey en Fraga, llegó aceleradamente á Tortosa, pasó la sierra, y por Teruel y Albarracín llegó á Castilla acompañada de don Pedro Egerica, señor de la ciudad de Valencia.

Pero antes de abandonar á Aragón envió un embajador al infante don Pedro, ya rey de Aragón, de Valencia, de Cerdeña, de Córcega, y conde de Barcelona, rogándole por Dios y por las grandes obligaciones y prendas que entre ellos había, la recibiese bajo su amparo y defensa, como asimismo á su hijo el marqués de Tortosa, lo cual, le decía, redundaría en su honra y se lo agradecería muy cumplidamente el rey de Castilla.

Añadía que no había tenido intención de ofenderle en lo de mandar ocupar por castellanos algunos castillos de la frontera.

Que no diese, en fin, oídos ni crédito á los que habían sembrado entre ellos la cizaña y mala voluntad.

El rey don Pedro, que como suele decirse no tenía palabra mala ni obra buena, la respondió muy cortésmente que siempre la consideraría como á madre, y al infante don Fernando como á hermano.

Desmentían, sin embargo, estas buenas palabras del rey las medidas que aun antes del fallecimiento de su padre había tomado para que quedando sin efecto las disputadas donaciones se devolvieran á la corona las villas y castillos en cuestión.

Con esto, y con la entrega del fuerte castillo

de Jativa, que era de la reina, quedó el rey don Pedro IV en la posesión íntegra de todos sus dominios.

Tal fué el breve y tempestuoso reinado de Alfonso II de Aragón, á quien sus vasallos apellidaron el Benigno á causa de su bondad.

Esto no quería decir que no fuese enérgico y valiente, puesto que en su juventud había mostrado grande aliento en la conquista de Cerdeña.

Sin embargo, después que fué rey, y particularmente desde su segundo casamiento con la reina doña Leonor, enfermó de languidez, lo que se atribuía á la loca pasión que experimentaba por la reina, á lo que ésta había debido la grande influencia que tuvo en la gobernación del reino.

El reinado de Alfonso II no se significó sino por una encarnizada guerra marítima en los mares de Levante, y por una encarnizada y continua querrela entre los individuos de la familia real.

Don Alfonso tuvo de su primera esposa doña Teresa de Entenza, ricahembra aragonesa, cinco hijos y dos hijas:

Don Alfonso, que murió en su infancia.

Don Pedro, que le sucedió en la corona.

Don Jaime, que heredó los estados de Entenza y de Antillon.

Don Rodrigo, que murió niño.

Y don Sancho, que al nacer ocasionó la muerte de su madre, á la que siguió á los pocos días.

Doña Constanza, que casó con don Jaime II de Mallorca, y doña Isabel, que murió niña también.

De doña Leonor de Castilla tuvo los infantes don Fernando y don Juan, objeto de las cuestiones entre doña Leonor y don Pedro.

Tanto la muerte de doña Leonor como la de sus hijos fué desastrosa, según verán nuestros lectores más adelante.

Dada á conocer la situación en que se encontraban respectivamente doña Leonor y don Pedro, vamos á continuar el relato de las aventuras romancescas de esta verídica historia.

CAPITULO VII.

En que se justifica la mala mirada que fijaba en el rey caminando detras de él, el señor de Valencia.

Don Pedro había entrado rugiente en el castillo de la Aljafería, pero con una cólera sorda, concentrada, que apenas se revelaba en su semblante.

Don Pedro de Egerica le había seguido á su cámara con la cabeza inclinada y profundamente pensativo.

Al llegar á las que podían llamarse habitaciones reales en el alcázar, el rey había despedido á su séquito y había adelantado solo con don Pedro Egerica.

El rey iba delante.

Por consecuencia, y como no tenía ojos en la espalda, no podía ver las alteraciones que se marcaban en el sombrío semblante del señor de Valencia, su inseparable, su sombra en el que más confiaba el joven rey don Pedro.

Sin embargo, de tiempo en tiempo una sombría mirada de odio, una mirada infernal horrible, partía de los ojos de don Pedro Egerica y abarcaba al rey.

Entre ambos había habido una gran lucha en la que don Pedro Egerica había estado á punto de perecer.

Celoso el rey de su autoridad, no había podido ver sin cuidado y sin enojo que el señor de Egerica se permitiese en su infantazgo de Valencia los humos y los tratamientos de rey, hasta el punto de hacer nulo en aquella ciudad el poder real.

Llamóle don Pedro á la corte.

Pero receloso el señor de Valencia, que todo

había que temerle del impetu y de la soberbia del rey, hizo oídos de mercader á la orden del rey y permaneció en Valencia.

Mandóle por segunda y tercera vez el rey se presentase en la corte, y como don Pedro Egerica desobedeciese aún, el rey le envió sus merinos para que se apoderasen de él, le encarcelasen y le armasen proceso por rebelde.

Echó poco ménos que á puntapiés á los dos jueces enviados por el rey don Pedro á prenderle el señor de Valencia, y como éste era ya fuerte, previendo lo que indudablemente debía sobrevenir, puso su señorío en armas, y no bien había tomado esta prevención, cuando con una respetable hueste se le echó encima el mismo rey don Pedro en persona, que sentía una viva comezon por saber si don Pedro Egerica tendría bastante fuerza para echarle á él también á puntapiés como había echado á aquellos pobres diablos de merinos.

Resistióse valientemente la ciudad, que sostuvo un sitio no ménos que de dos meses, y sólo hambrienta y aporillada y combatida raramente se rindió.

Pero antes de que se rindiese, el señor de Valencia se escapó por la parte del mar, prevaleciéndose de un disfraz de almogavar, quitado á uno de los prisioneros cogidos al rey don Pedro, y gracias á una gran presencia de ánimo, pasando por entre el ejército enemigo, llegó una noche á la ribera del mar y se embarcó en un pequeño buque que le llevó á Lyon.

Entró el rey don Pedro en Valencia haciendo cruda justicia en próceres y gente común. Proclamó á son de trompeta que Valencia no tenía otro señor que el rey de Aragón.

Sacó una fuerte cantidad de dinero á la ciudad, amenazando con incendiarla.

Desbarató, destruyó y aterró más que lo que era necesario.

Declaró mal nacido, traidor, villano y rebelde y reo de alta traición al señor de Egerica.

Pregonó un precio de mil doblas á aquel que, noble ó pechero, natural de su reino ó extraño, le presentase la cabeza del proscrito.

Permaneció algun tiempo en Valencia para que fructificase en ella el terror, y se fué á Barcelona para meterse en la escuadra con que iba á hacer la guerra á su cuñado el rey de Mallorca, de Menorca y de Formentera.

Don Pedro Egerica tentó volver á meterse en su ciudad.

Pero los emisarios que envió tornaron diciéndole, que de tal manera había aterrado á los valencianos el señor rey, que todos se habían echado á temblar á la sola proposición de que volbiesen á ponerse en armas contra él.

Don Pedro Egerica apeló á otro medio más seguro.

Poseía grandes tesoros asegurados en lugar oculto; y como el rey don Pedro, empeñado en la conquista de Mallorca andaba muy apurado, porque faltos de dinero, y no pudiendo pagar á su gente, ésta le servía mal y murmuraba, le propuso sacarle de apuro, á condición de que le volviese á su gracia y á señorío de Valencia.

Echó el rey don Pedro sus cuentas, y encontró que era mucho mejor que pagar mil doblas por la cabeza de don Pedro de Egerica dejarle vivo y tomar las diez mil doblas con que don Pedro compraba su señorío de Valencia y su vuelta á la gracia del rey.

Otrosí, don Pedro Egerica se ofrecía á ir en persona con una lucida hueste á apoyar al rey en la conquista de Mallorca.

No había, pues, medio de vacilar.

Don Pedro Egerica fué perdonado por el rey, recibido de nuevo en su gracia, y reanunciado en su señorío de Valencia.

En cambio, don Pedro Egerica se fué á ayudar al rey con quinientas lanzas, dos mil peones y algunos buenos ingenios de batir, y le ayudó grandemente en la destruccion del rey de Mallorca.

Habia ántes de estos sucesos que hemos apuntado otro motivo de odio muy anterior á la rebeldia del señor de Valencia, y que acaso la habia motivado.

El señor de Egerica, que tenía ojos en la cara y corazon en el pecho, y no corto de vista, ni con telarañas los ojos, no habia podido ver salir de la adolescencia y entrar en la pubertad á la hermosísima infanta doña Constanza, y se inflamó con su amor, para apreciar el cual no disponemos de palabras bastante expresivas.

Como don Pedro Egerica era un prócer que, como los Entenza, podia aspirar á un entronque real, no disimuló sus pretensiones.

Y como la reina doña Leonor, madre de la infanta, no desatendia ni desaprovechaba nada que ayudase á las suyas, viendo que don Pedro Egerica era un alto y temible vasallo que podia ayudarla poderosamente contra el infante don Pedro, ya su enemigo á muerte y su grande obstáculo, se prestó de buen grado á las pretensiones del señor de Valencia.

Pero el infante, que no se descuidaba y sabia cuánto podia aumentar el poder de su madrastra su alianza con el poderoso señor de Valencia, se cruzó por medio, favoreció con todo su poder y con todas sus intrigas y malas artes al jóven rey de Mallorca don Jaime II, que andaba tambien en pretensiones de la infanta.

Habló á prelados y á próceres, intrigó con los consejeros allegados al rey su padre, y sobrevino el casamiento de doña Constanza con don Jaime, quedándose don Pedro Egerica, que confiaba en el influjo de la reina doña Leonor, como quien ve visiones y á la luna de su señorío.

El infante don Pedro habia andado prudente.

Una alianza entre don Pedro Egerica y la reina hubiera sido para él funestísima.

Nada hubiera sido más fácil á los confederados que envolverle en una intriga, comprometerle á un acto que hubiera tenido visos de rebeldia y haberle castigado á sangre, lo que hubiera aproximado á la corona al infante don Fernando, primogénito de doña Leonor.

Don Pedro Egerica no habia, pues, podido perdonar al infante don Pedro aquella mala pasada.

Y este odio habia sido en gran parte la causa de su rebeldia en Valencia.

Perdonado y repuesto en la posesion de su feudo y con todos sus honores, preeminencias y exenciones en los dominios del rey de Aragon, don Pedro de Egerica no mató su odio contra él.

Pero conocedor ya de lo que valia el rey, se encubrió, se solapó, y se hizo de tal manera adicto al monarca, que á pesar de su sagacidad le engañó.

Se hizo amar de él, y llegó al fin á tal grado de privanza, que el rey no sabia vivir sin él, ni emprender nada, fuese cualquiera su género y su importancia, sin consultarle.

Por otra parte, don Pedro Egerica habia ido contento á la guerra de Mallorca.

Como que para él aquella guerra era una venganza contra el rey don Jaime, que poseia á la mujer por quien cada día era más ciega la pasión de Egerica.

Servia además en esto á la en otro tiempo su grande amiga la reina viuda doña Leonor de Castilla, defendiendo á la cual se habia indispuerto gravemente, como hemos visto, con el rey don Pedro, puesto que si él no habia acudido al llamamiento del rey habia sido

por no asistir á unas córtés en que don Pedro habia tratado de desposeer á la reina y á sus hijos de todos los heredamientos que les habia dejado el rey don Alfonso el Benigno.

Don Pedro, al estrechar su amistad con don Pedro de Egerica, se habia olvidado de todo esto.

No habia visto en el poderoso magnate más que un cambio aconsejado por sus intereses.

(Se continuará.)

LA ABNEGACION

CONSIDERADA COMO VIRTUD POLÍTICA.

Renunciar espontánea y absolutamente á cuanto el hombre estima en más; hacer el sacrificio del propio bienestar, de las riquezas, del poder, de las intimas y dulces afecciones del corazon, de la vida misma, y hasta de la gloria y de la honra en holocausto de una idea, sea una verdad ó un error, ó de un sentimiento moral, esto es la abnegacion.

Esta generosidad sublime, esta heroica virtud ha ceñido á los hombres laureles más inmarcesibles que la victoria, y dado á las naciones dias más gloriosos que sus ejércitos.

Los generales romanos iban manchados de sangre humana en sus carrozas triunfales.

Los nombres que graba la ciencia en láminas de bronce, la misma ciencia y el tiempo los borran.

Sólo la gloria de las grandes virtudes deja un resplandor eterno en la historia, porque la virtud, como el sentimiento de lo justo, es de todos los tiempos y de todos los paises.

Aristides, no más hábil y valiente que Milcíades y Temístocles, sus rivales, brilla más que ellos, y brilla por su abnegacion más que por sus triunfos.

El hombre pensador y el corazon poseído de un amor sincero de la humanidad, encontrarán siempre más grande la modesta figura del varon griego que la sombra colosal de Julio César.

Amenazada Atenas por los persas, ántes que el pueblo le aclame su caudillo, corre Aristides á ponerse á las órdenes de Milcíades, en quien reconoce más habilidad, renunciando á la gloria de la batalla de Maraton, que salvó á la Grecia.

Cuando creyó este gran hombre que los celos de su virtud y popularidad podian ocasionar turbulencias en su patria, él mismo escribió su nombre en la concha de los proscriptos y se desterró voluntariamente, rogando á sus conciudadanos y á los dioses evitaran toda calamidad que pudiera hacer necesaria su presencia.

Camilo rinde á Vegos, rival de Roma en grandeza y en valor, despues de diez años de cerco; pero no le inspiran sus ruinas el orgullo y la ambicion de los conquistadores:

—«Si mi fortuna y la de Roma,—exclama contemplándolas,—parece demasiado brillante á los dioses ó á los hombres, y ha de ser expiada por grandes calamidades, pido al cielo que caigan sobre mí y no sobre la República.»

Y conseguido el triunfo abdicó la dictadura.

Cincinato suelta con pena el arado para vestir la púrpura consular; y despues de libertar á Roma de la anarquia y vencer á los volscos y á los ecuos, reprendiendo á los que le exhortaban á continuar en la magistratura con infraccion de las leyes, se volvió á labrar sus tierras.

La dictadura podia ejercerse seis meses, y Cincinato la abdicó á los diez y seis dias en su segundo llamamiento.

El magnífico espectáculo de Wamba, obligado á aceptar la corona en medio de las espadas que le amenazan con la muerte si la rehusa, es uno de los rasgos más bellos de abnegacion que puedan ofrecer los anales del mundo.

Desde Leovigildo á Wamba habia trascurrido ya un siglo; es decir, el principio dinástico, hijo de la conquista, habia triunfado del principio electivo, tradicional en la raza.

Rehusar la corona era entonces sacrificar un presente y renunciar á esa perpetuidad que tanto halaga al corazon del hombre.

Washington, la grande alma de los tiempos modernos, despues de haber atravesado el camino de la conquista por en medio de suspicacias y de calumnias, despues de haber emancipado á los pueblos de la Union de la tiranía y de la dependencia inglesa, dejó como Cincinato la espada para empuñar el arado.

Aconsejábanle que se proclamase rey de una monarquía.

—Guardaos,—les dijo,—de hacer esa proposicion á otro que no sea Washington.

Si tuviéramos que buscar en nuestros dias un ejemplo de esta abnegacion de la gloria ó del poder, sólo hallárillos el del infortunado general Riego con Ballesteros.

Vencido éste y corriendo fugitivo con algunos oficiales, Riego va á su alcance y le detiene:

—«Paraos, mi general,—le dice,—tomad mi baston, volveos á sostener con mi ejército la libertad, y yo seré uno de vuestros ayudantes, un soldado de vuestras filas.»

Ballesteros, enternecido á la vista de un alma tan superior en virtud á la suya, derramó algunas lágrimas; pero pocos dias despues hacia caer prisionero de los franceses á su generoso vencedor!....

La abnegacion de la vida, sin duda ménos grande para las almas elevadas que la abnegacion de la gloria, no es por eso más frecuente en la historia de la humanidad.

Licurgo exigió ántes de alejarse de sus conciudadanos el juramento de que obedecerian fielmente sus leyes hasta que volviese; pero consultado el oráculo de Delfos, declaró que Esparta seria feliz mientras las observase, y el filósofo se dejó morir de hambre ántes que volver á su patria y dar pretexto á los espartanos de variar su legislacion.

Durante la peste que robó á Roma al esforzado Camilo, una grande abertura se hizo de repente en la misma plaza en que estaba el pueblo congregado; no bastando á llenarla la inmensa cantidad de tierra que todos echaron en ella, se consultó á los dioses, y la respuesta fué que no se cerraria sino cuando se arrojase á aquel abismo lo que constituia la fuerza de Roma.

Marco Curcio, comprendiendo tal vez el enigma del oráculo, que indicaba á la República la necesidad de cambiar su politica de conquista, se precipitó en la sima armado y á caballo.

La tradicion decia que la abertura se cerró sobre Marco Curcio.

Sócrates bebió la cicuta, y Caton se desgarró las entrañas por no sobrevivir al triunfo del despotismo en su patria.

Todos conocen la terrible abnegacion á que condujo á Sagunto, á Astapa y á Numancia (1) el heroísmo de la resistencia.

Arrojarse á la hoguera que devoraba sus propias riquezas, ni lo habian contado jamás las historias, ni despues lo han visto nunca los humanos.

En nuestro corazon palpita aún el recuerdo de la sublime abnegacion del arzobispo de París, que con la imagen del Redentor en las manos, y á su ejemplo, se precipita en medio de sesenta mil combatientes y muere con las palabras de paz del Divino Maestro en los labios.

La abnegacion de la fortuna, en nuestros dias ménos comun tal vez que la abnegacion de la vida, era en los antiguos una virtud de la educacion.

(1) *Muriedro*, provincia de Castellon de la Plana; *Estepa*, provincia de Málaga; y *Puente de Garray*, cerca de Soria.

La victoria de Vegos debía celebrarse con el cumplimiento de los votos hechos por Camilo á los dioses al partir; pero el Senado no podía adquirir la cantidad de oro necesario para el que debió tributarse á Apolo Delífico.

—«Las matronas romanas,—dice un autor,—que sabían sacrificar su vanidad como los ciudadanos sus vidas, ofrecieron sus joyas, con las que se fabricó una copa de oro de ochenta mil escudos.»

Esta magnífica copa cayó en poder de los piratas de Liparia al trasportarla á Delfos; mas su jefe Timateo la restituyó á sus conductores escotándolos en el viaje á la isla y su regreso á Roma.

Cincinato no quiso admitir la parte de las tierras conquistadas que le correspondía por decreto del Senado, y Camilo entregaba entero al Erario el botín de sus victorias contra las leyes de la guerra.

Cuatro siglos hace, un nuevo mundo dormía aún la primera noche de los tiempos; el hombre que tiene el convencimiento, hijo de su intuición maravillosa, de la existencia de aquel mundo desconocido, corre en vano por Europa mendigando un rey que acepte su adquisición, y sólo una mujer comprende que el visionario es un profundo pensador.

Pero el Erario acababa de agotar sus recursos arrojando á los moros y constituyendo la unidad monárquica de España, y el esposo de aquella mujer consideraba también como un desvario y una herejía el largo secreto que se atribuía á la Naturaleza.

Isabel la Católica vende y empeña sus joyas; Colon parte en una frágil carabela, y pocos años después, el orgullo de un príncipe puede ya decir, merced al sueño del visionario: «El sol no se pone en mis dominios.»

Los españoles, en la guerra de la Independencia, ofrecieron otro género de abnegación de la fortuna, quemando sus propias casas por quemar dentro á los franceses.

Las abnegaciones contra la Naturaleza, frecuentes en la antigüedad, son un fenómeno raro en la historia moderna.

Convencido de traición Pausanias, generalísimo de los griegos, y temeroso de la muerte, se refugia en el templo de Palas; el pueblo enfurecido no se atreve á violar la inmunidad del asilo, y para no dejar impune el delito tapió las puertas del edificio; la primera piedra para esta obra fué llevada por la madre de Pausanias.

No pudiendo el infante don Juan, instrumento vengativo de Abu-Jusuf, vencer la entereza de Guzman el Bueno, defensor de Tarifa, le hace oír los lamentos de su hijo, á quien amenaza degollar á su vista si no se rinde.

El fiero castellano nada responde, sino que arroja su espada al sitiador, y ve, cortada por ella, arrojar al foso la cabeza de su hijo.

La Grecia admiró en Trasíbulo el ejemplo de abnegación más costosa quizá al corazón humano: la abnegación de la venganza.

Olvidando las injusticias de su patria, acude á salvarla de la opresión de los Treinta Tiranos; restablece el gobierno antiguo cuando pudiera ejercer la dictadura, y después de rechazar á los lacedemonios publicó un decreto de amnistía, exigiendo también á sus conciudadanos el olvido de lo pasado.

La hoguera de las discordias civiles se apagó así, y renació la felicidad pública.

Mas no se funda con la virtud sublime que produce los hechos de abnegación que acabamos de registrar en la historia el sentimiento de que ordinariamente son arrancadas las abdicaciones de los tiranos.

Semejantes á los Caraibos, que reclamaban por la noche el lecho que habían vendido por la mañana, vuelven comunmente por el poder que soltaron, ó su memoria les atormenta.

—Un año hace que vuestro padre abdicó,—decían á Felipe II.

Y contestó muy bien:

—Un año hace que empezó á arrepentirse. La abnegación que se acuerda de sí misma es una falsa abnegación, y los monarcas jamás olvidan sus abdicaciones.

¿Cabe por ventura comparación alguna entre la verdadera abnegación y la abnegación de Felipe V, que se enciende en ira y aspira á recobrar el cetro porque su hijo Luis I, por no agravar la miseria pública, redujo á la mitad la enorme pensión que se había reservado?

¿Y es abnegación de sentimiento ó de creencia la de Leovigildo en la agonía, aconsejando á su hijo Recaredo que abjurase el arrianismo, después de haber perseguido á los católicos y hecho decapitar como tal á su otro hijo Hermenegildo?

Los magnates del imperio y el pueblo se habían convertido á la fe católica, y perseverar el monarca en la creencia desechada por sus subditos era llamar una revolución que le arrancase la corona de las sienas.

Leovigildo moribundo quiso conservarla para su familia; quiso prolongar su ambición más allá de la muerte.

La abnegación sincera, hija de la fe y del entusiasmo, es un privilegio de las almas fuertes ó de las grandes épocas de los pueblos.

En las profundas conmociones del espíritu público, cuando un principio fecundo, cayendo en medio de las masas, exalta sus pasiones, es cuando aparecen esos hechos como corrientes eléctricas desprendidas al contacto de la nueva idea con el corazón humano.

Las impresiones primeras son siempre generosas, y lo es también el individuo cuando las instituciones lo ennoblecen.

Por esta razón son frecuentes en medio de las revoluciones y en las repúblicas los hechos de abnegación, y muy escasos en las monarquías.

Cuando de las regiones del Norte, como enormes témpanos de hielo, rodaron sobre el Occidente pueblos enteros de bárbaros, ¿por qué no resucita el corazón de Cincinato ó de Camilo?

¿Por qué en medio de las ruinas del imperio no brilla una acción heroica que despierte el alma romana y se rechace á los bárbaros á sus stepas de la Tartaria?

Porque las virtudes habían huido del suelo profanado por la tiranía de los emperadores; porque ya no existía la fe, no pudiendo ser la tiranía un dogma; porque la llama del entusiasmo que ardía en el foro de Roma libre se había apagado; porque los romanos ya no eran ciudadanos de la gran ciudad, sino bestias del emperador que apacentaban en las tristes orillas del Tiber; porque la república, en fin, ya no existía.

Y en esa Francia, en esa heroica Francia del 93, ardiente volcán en que las virtudes y los crímenes hervían, ¿no hemos visto la nobleza renunciando sus títulos, el clero sus propiedades, el pueblo los tesoros de sus víctimas, y á Robespierre y á Marat, conmoviendo la Europa entera con el soplo abrasador de su palabra, vivir en el seno de la pobreza, el uno bajo el techo hospitalario del carpintero Duplay, y el otro en los sótanos tenebrosos de los arrabales de París?

Una noche salieron juntos de un conciliábulo contra el trono el capuchino Chabot y el girondino Grangeneuve, disgustados por las irresoluciones de sus compañeros.

Grangeneuve caminaba silencioso y pensativo.

—¿En qué piensas?—le dijo Chabot.

—Pienso en que estas lentitudes enervan la revolución y la patria, y que si el pueblo da tiempo al trono, se pierde sin remedio. No hay sino una hora para las revoluciones; los que la dejan escapar no vuelven á hallarla jamás, y más tarde deben dar cuenta de ello al tribunal de Dios y á la posteridad. Escucha, Chabot; el pueblo no se levantará por sí

mismo, necesita un móvil, un acceso de rabia ó de horror que le dé el impulso de energía que ha menester en el último momento para emanciparse de sus vetustas instituciones. Pero ¿cómo darle ese móvil?... En eso pensaba, y al fin lo he encontrado en mi corazón; mas.... ¿dónde encontrar un hombre capaz de la resolución y del secreto necesarios para un acto semejante?...

—Habla,—dijo Chabot,—yo soy capaz de todo para destruir lo que aborrezco.

—Pues bien,—replicó Grangeneuve,—la sangre es la embriaguez del pueblo; en la cuna de todas las grandes revoluciones hay sangre pura, desde la de Lucrecia hasta la de Guillermo Tell y de Sidney. Para los hombres de Estado las revoluciones son una teoría, para el pueblo una venganza; mas para impulsar á la venganza á la multitud es necesario mostrarle una víctima, y puesto que la corte nos rehúsa este placer, es indispensable que nosotros mismos se lo demos á nuestra causa. Es necesario que aparezca una víctima inmolada bajo los golpes de los aristócratas, y que esta víctima, de cuya muerte se acusará á la corte, sea uno de sus enemigos más conocidos y miembro de la Asamblea, á fin de que al atentado contra la representación nacional se añada el asesinato de un ciudadano. Es necesario que este asesinato se cometa á las puertas del palacio, con el objeto de que clame venganza más de cerca; pero.... ¿quién será este ciudadano?... Yo! Mi palabra es nula, mi vida inútil á la libertad; pero mi muerte le será muy provechosa, y mi cadáver será el estandarte de la insurrección y de la victoria del pueblo.

Chabot escuchaba á Grangeneuve con admiración.

—El genio de la libertad te inspira,—le dijo,—si son necesarios dos víctimas, me ofrezco á ser tu segundo.

—Tú serás más,—replicó Grangeneuve;—serás, no ya mi asesino, puesto que yo mismo imploro mi muerte, pero sí mi matador. Esta noche me pasearé solo y sin armas en el lugar más desierto y menos alumbrado, cerca de los postigos del Louvre; apostaré dos patriotas fieles y armados de puñales; convengamos en una señal que yo mismo les haga la señal, me atacarán y recibiré la muerte sin dar un grito. Mis matadores huirán; al nuevo día se encontrará mi cadáver; vosotros acusareis á la corte, y la venganza del pueblo hará lo demás....

Chabot, tan fanático y decidido como Grangeneuve á calumniar al rey por medio de la muerte de un patriota, juró á su amigo aquella triste superchería de la venganza.

Se señaló el lugar del asesinato, convinose en la hora, concertóse la señal, y Grangeneuve se retiró á su casa, hizo testamento, se preparó á la muerte, y á la media noche concurrió puntualmente al lugar señalado.

Estuvo paseándose en él por espacio de dos horas, durante las cuales vió adelantarse muchos hombres, á quienes tomó por sus asesinatos apostados; hizo la señal convenida y esperó el golpe, pero ninguno le atacó.

Chabot había vacilado en su ejecución, ya por falta de valor, ya por no haber encontrado auxiliares.

La víctima no había faltado al sacrificio; faltó el sacrificador (1).

«En Robespierre, dice Lamartine, hay una abnegación, pero constante y absoluta como un sacrificio antiguo; el sacrificarse á sí mismo y sacrificar su juventud, su reposo, su felicidad, su ambición, su vida y su memoria.

—El pueblo,—le decía Couthon en la terrible noche de su caída,—no espera más que una palabra tuya para acabar con sus tiranos y sus enemigos. Dirígele al menos una arena que le indique lo que ha de hacer.

(1) Historia de los Girondinos, por Lamartine.

—¿Y en nombre de quién?—preguntó Robespierre.

—En nombre de la Convención oprimida,—respondió Saint-Just.

—Acuérdete de la expresión de Sertorio,—añadió Couthon:—*Roma vice ahora y adonde yo vivo.*

—No, no,—replicó Robespierre,—no quiero dar el ejemplo de la Representación nacional esclavizada por un ciudadano. Nosotros no somos nada sino por el pueblo, y no debemos sustituir nuestra voluntad a sus derechos.

—¿Entonces,—exclamó Couthon,—no nos resta más que morir!

—Tú lo has dicho,—respondió con calma Robespierre, y se apoyó silencioso sobre la mesa del Consejo.

En ella estaba la célebre proclama de insurrección que no quiso acabar de firmar, y en ella esperó el pistoleazo designado por Bourdon.

La abnegación que admira más al hombre civilizado es la de Danton al justificarse de las matanzas del 10 de Agosto, la abnegación de su memoria ó más bien de su honor.

—¿Qué me importa mi reputación?—exclama:—sea libre la Francia, aunque se infame mi nombre!

—Vi mi crimen delante de mí, decía en otra ocasión, y me arrojé á él!

Pero la abnegación de la honra, de la gloria, de la vida, del poder, de la fortuna, de los sentimientos naturales; todas las abnegaciones, en fin, exigen un corazón puro y una convicción sincera y profunda.

¡Los tiempos de escepticismo y de contagio moral en que vivimos, ni aún saben admirar esta virtud!

EDUARDO CHAD.

HONOR DE ESPOSA Y CORAZON DE MADRE.

NOVELA ORIGINAL

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

CAPITULO VIII.

La madre y la hija.

Si han de comprenderse los interesantes sucesos que tenemos que referir, preciso será que dejemos al hidalgo y á su protegido, volviendo á la casa de la Costanilla de Santiago para conocer á otras dos personas más de las que allí habitaban.

Atravesando el anchuroso portal donde trabajaba el sastre, penetrábase en un patio de bastante extensión, sobre el que daban los corredores de cada uno de los pisos principal y segundo que tenía la casa.

En el patio, á la derecha, veíase una escalerilla muy empinada, muy oscura, particularmente en su mitad, y sobre cuyos escalones no podía ponerse el pié con seguridad completa.

Subiendo por esta escalerilla se desembocaba en el corredor del piso principal, donde había muchas puertas de otras tantas habitaciones, y la entrada de algunos pasillos que conducían á otras, amén de algunas ventanas más ó menos grandes, con enrejados de hierro ó de madera.

Entrando en uno de aquellos pasillos se llegaba á la puerta de una de las habitaciones que recibían luz por los balcones y ventanas que daban sobre la calle del Meson de Paños.

Hemos dicho ya que en toda la casa no vivía más que gente pobre, aunque representaban distinto papel en la sociedad.

Eran los unos menestrales regularmente acomodados; los otros habían sido criados de

algun personaje, y vivían con sus ahorros; y había también hidalguillos de aldea que después de arruinados habían venido á la corte para solicitar un empleo que jamás alcanzaban, y también mendigos y beatas de profesión que vivían santamente a costa del trabajo del prójimo.

Ahora no deberemos ocuparnos más que de dos mujeres que habitaban uno de los cuartos que tenían ventanas á la calle del Meson.

Estas dos mujeres habían sido por mucho tiempo objeto de las murmuraciones de la vecindad, pero ya se había olvidado el motivo de aquella murmuración.

Según todos decían, en la historia de aquellas mujeres había algo misterioso, algo que tenía quizá muchísima importancia, muchísimo interés y que era muy grave.

Sin embargo, en apariencia, lo que más importancia tenía era la triste situación de aquellas dos desgraciadas; pero por lo que pueda servir como datos para la presente historia, repetiremos con toda exactitud lo que entre los vecinos se decía: añadiremos algo aunque poco, de lo que no sabían los vecinos, y oportunamente pondremos en claro la verdad.

Diez y siete años hacía que la buena Mariana había llegado á Madrid y alquilado el cuarto.

En aquella época era jóven, pues no debía tener más de veintidos años; y además de jóven, bella, tan bella, que lo parecía mucho. A pesar de sus pobres vestidos, de su aire humilde y de su lenguaje rudo.

Llevaba una niña, que debía entonces tener tres ó cuatro años, prodigio también de hermosura, vivo retrato de su madre, con ojos grandes, rasgados y negros, con labios rojos y de hechicero corte, con nariz admirablemente delineada.

A Mariana se la vió entrar y salir muchas veces.

Parecía muy preocupada, muy triste, como agobiada por uno de esos dolores intensos que lentamente roen la existencia de la criatura.

A pesar de su juventud, llevaba siempre inclinada sobre el pecho la cabeza, suspiraba penosamente, y su mirada era sombría.

Cuando los curiosos vecinos le preguntaron con qué objeto había venido á Madrid, Mariana respondió vagamente y como quien tiene empeño en ocultar la verdad.

Contaba con algunos ahorros y pudo vivir sin ser gravosa á nadie.

Tra-currieron tres años.

La expresión del rostro de Mariana cambió repentinamente.

Brillaron con intensidad sus grandes ojos negros.

Irguió la cabeza y pareció como que estaba orgullosa de su fortuna.

Triste y lánguida siempre, mostróse alegre y enérgica.

Hizo el sacrificio de una parte de sus ahorros, compróse ropa nueva y vistió á su hija casi con lujo.

Este cambio debió llamar la atención de los vecinos; y como Mariana era jóven y hermosa, sospecharon lo peor que podía sospecharse.

Los vecinos se equivocaban.

La misteriosa mujer no tenía más dinero que antes, sino que por el contrario, tenía menos, puesto que gastaba y no ganaba.

Un día, como otros muchos, Mariana salió.

Su hija había quedado sola.

Mieron las nueve, y Mariana no volvía.

A las diez invadieron el patio veinte ó treinta personas, entre las que se veía al señor Policarpo que hablaba con dos alguaciles.

En brazos de dos hombres vieron los vecinos á la señora Mariana, que si no estaba muerta, lo parecía.

La escena que tuvo entonces lugar no puede pintarse.

Todos acudieron para saber lo que aquello

significaba; pero no supieron más que lo que podía decirles el señor Policarpo.

He aquí las explicaciones de éste:

—Pasaba yo por la calle Ancha de San Berdo y vi un grupo de gente; me acerque y pregunté lo que pasaba, y me dijeron que á una pobre mujer le había dado un mal resaca. Miré á la enferma y me encontré con nuestra vecina. Nadie sabía quien era, ni certaba á prestarle ningún auxilio, y como yo la conocía pude decir su nombre. Entonces se dispuso traerla á su habitación, y aquí la tenéis medio muerta. Creo que la infeliz cuenta con algunos recursos, y no haremos mal en traer un médico.

—Dinero tiene de sobra,—dijo una vecina.

—¿Ya lo creo!—añadió otra.—Y si no que se vea la ropa que ha comprado hace pocos días. De dónde saca el dinero, nadie lo sabe; pero....

—Todo eso está bien,—interrumpió el buen sastre;—pero ahora debemos aprovechar el tiempo, porque quizá de algunos minutos depende la salvación de nuestra pobre vecina.

Los corchetes, seguros ya de que allí tenía su habitación la enferma, alejaronse.

Los demás curiosos fueron haciendo lo mismo, y entre tanto á Mariana la subieron á su aposento, abriendo con la llave que le encontraron en el bolsillo.

Fue un médico y dijo que la enfermedad se presentaba oscura; pronunció muchas palabras en griego y en latín, y por de pronto no consiguió sino que Mariana recobrase el conocimiento.

Preguntáronle á la infeliz lo que le había sucedido y lo que sentía; pero ella, después de hacer grandes esfuerzos sin poder hablar, puso las manos sobre su pecho y las llevó luego á la cabeza.

Quince días permaneció en el lecho.

Pudo al fin levantarse, aunque parecía bastante debilitada.

Tomó alimento, se movió de un lado para otro, abrazó á su hija muchas veces y lloró.

La infeliz no hablaba.

Declaró el médico que nada le era posible hacer entonces, pues más que medicamentos era cuestión de tiempo el conseguir que recobrase el habla la paciente.

Otros quince días pasaron, y la enferma, en vez de mejorar, se puso peor, pues apenas le era posible moverse.

Con gran trabajo, y ayudada por las vecinas, salía del lecho, teniendo que sentarse y permanecer casi inmóvil todo el día.

Empero su rostro era siempre expresivo, y la vida que había desaparecido de los demás órganos parecía haberse reconcentrado en sus ojos.

Apelaron á mil medios para que Mariana se explicase; pero todo fue inútil, porque no era posible que con ademanes y miradas pudiese comprender lo que muy difícilmente podía explicarse con palabras.

Aseguraba el médico que la enferma debía haber experimentado una gran sorpresa, una conmoción demasiado ruda.

¿Se equivocaba?

Nosotros sabemos que no.

Pero de nada servía que acertase, porque la ciencia era impotente para combatir el mal.

A pesar de su grave estado, no ofrecía peligro de muerte la enfermedad de Mariana.

—Así,—había dicho el médico,—puede esta mujer vivir cien años.

Tampoco en esto se equivocaba.

Tal vez, por su desgracia, tenía la infeliz larga vida.

Prolongábase la enfermedad y se agotaban los ahorros de la enferma; y como por otra parte no había peligro de muerte ni esperanza de mejoría, se creyó innecesario el médico.

Después de algunos meses, todos se habían acostumbrado á ver á la pobre Mariana en aquella situación; y mientras no la acometiese una nueva enfermedad, se decía que estaba buena.

El señor Policarpo, dando pruebas de su buen corazón, estuvo siempre atento á la suerte de la madre y de la hija.

Sin el sastre, Dios sabe lo que hubiera sido de aquellas dos desgraciadas.

Pasaba el tiempo.

La hija crecía, se desarrollaba y era cada vez más bella.

Aunque tan niña, pudo comprender perfectamente su situación.

Mostróse con su madre muy cariñosa, y suplicaba á las vecinas y al señor Policarpo que la enseñasen á coser para poder trabajar y acudir á las necesidades de la casa.

Consuelo se llamaba la niña y justificaba su nombre.

Antes de tener diez años no necesitaba ya del auxilio de las vecinas para cuidar á su madre, y además ayudaba en lo que le era posible al señor Policarpo, consiguiendo así mantener á su madre, aunque en medio de la mayor miseria.

Los pobres muebles, la ropa, todo se vendió en aquella casa.

Doce años tenía Consuelo cuando se preguntó quién era su padre y dónde había nacido ella.

Quiso averiguarlo, pero los vecinos no le dieron ninguna noticia ni le dijeron más sino que su madre se había mostrado muy reservada cuando llegó á Madrid.

Mariana era la única persona que podía dar explicaciones; pero le era imposible hablar.

La hija le preguntaba y hacia después suposiciones por sí misma; pero á todas las suposiciones de la niña respondía la madre por señas y negativamente.

Convencióse Consuelo de que nada conseguiría; y resignándose, acabó por aceptar su situación tristísima, como sucede siempre que se convence la criatura de su impotencia para luchar con su desdicha.

No pensó ya Consuelo más que en trabajar.

Quiso Dios que el señor Policarpo tuviese lo que él llamaba una buena época, es decir, mucha ropa que hacer.

La niña cosió sin descanso, ganó más de lo que necesitaba para comer, y en el espacio de un año consiguió comprar alguna ropa para ella y su madre.

Se creyó entonces la criatura más dichosa del mundo.

Nadie le había dado á conocer el bien y el mal; pero instintivamente sabía distinguirlos ella.

Tuvo diez y siete años.

Se vió asediada por muchos galanteadores, pero su virtud salió siempre triunfante, aunque más de un astuto seductor empleó medios casi siempre seguros cuando no hay que luchar más que con la inocencia.

Los vecinos de la casa reconocieron que Consuelo era una mujer virtuosa y sin igual.

No tenía la joven dinero para socorrer á los necesitados; pero si algún vecino enfermaba, la veían inmediatamente ponerse al lado del enfermo.

Más ó menos todos la amaban.

No salía ella de su habitación mientras no le fuese absolutamente preciso.

La madre continuaba en el mismo estado. Todos los días al amanecer se levantaba con la ayuda de su hija, sentábase cerca del balcón, y allí permanecía hasta que cerraba la noche y se acostaba.

En presencia del señor Policarpo no era posible hablar mal de aquellas dos mujeres, porque dejaba de ser el hombre pacífico y se ponía furioso.

Diez y nueve años tenía ya Consuelo cuando el sastre pasó algunos meses sin trabajo.

Ella entonces lo buscó en otra parte, y tanto hizo que al fin consiguió que la recomendaran á la condesa de Rocanegra, que podría dar á la joven algunas prendas de ropa blanca para coser.

Cuando esto sucedió encontrábase Consuelo en el último apuro.

Todos sus recursos se habían agotado, y llegó el día terrible en que apenas pudieron alimentarse la madre y la hija.

En situación tan angustiosa, fué Consuelo una tarde á la suntuosa morada de la condesa; pero le dijeron que esta había partido aquella mañana para una de sus posesiones de recreo, y que no debía volver hasta pasadas dos ó tres semanas.

Preguntó la infeliz joven si había quedado en la casa el ama de gobierno ó alguna otra persona que la pudiese atender en su pretensión.

El portero le respondió afirmativamente, y compadecido, la dejó subir.

Hicieron esperar á la joven en una habitación donde apenas había luz.

Después de diez minutos se presentó el ama de gobierno; y casi á la vez medio se levantó la cortina de una puerta, pudiendo distinguirse, aunque muy confusamente, la figura de un hombre envuelto en una capa y embozado hasta los ojos.

Aquel hombre se detuvo sin duda impulsado por la curiosidad, y fijó la mirada en Consuelo.

Explicó ésta con turbación profunda sus deseos y la situación horrible en que se encontraba.

El ama de gobierno respondió que no se necesitaba costurera, ni ella tampoco podía determinar.

La joven suplicó hablando de su pobre madre.

Un raudal de lágrimas se escapó de sus negros ojos.

Empero la otra se mostró inflexible, y con espantosa frialdad volvió la espalda.

—¡Dios mío!—exclamó Consuelo con acento de suplica desgarradora.

—No lo invocareis en vano mientras yo viva,—dijo entonces el que junto á la cortina había permanecido medio oculto.

Y dando algunos pasos y recatando siempre el semblante, acercóse á Consuelo y le presentó un bolsillo, por entre cuyas mallas veíanse relucir bastantes monedas.

La angustiada joven exhaló un grito de sorpresa y miró al aparecido.

—Tomad,—añadió éste,—que el dinero no podeis rechazarlo cuando lo necesita vuestra madre. Ya veo que no sois una mendiga, puesto que tanto suplicáis para que os den trabajo; pero no os lo dan, y como ningún recurso os queda, será preciso que aceptéis lo que os ofrezco.

—Caballero,—balbuceó la joven,—no os conozco....

—Yo tampoco á vos.

—Pero yo que he de recibir el beneficio....

—¿No habeis suplicado á Dios? Pues es Dios quien esto os envía. Pensad que os espera vuestra madre.

Consuelo, sin darse clara cuenta de lo que se hacía, tomó el bolsillo.

—¡Tan desgraciada,—dijo el caballero,—tan joven y tan bella!....

No pudo proseguir, porque la joven levantó la cabeza orgullosamente y su rostro se contrajo.

Secáronse sus lágrimas, relumbraron sus negros ojos, y fijando una mirada intensa en el caballero, dijo:

—Si esto lo dais á mi juventud y á mi belleza, guardadlo.

Y con violento ademán arrojó al suelo el bolsillo, envolviéndose en su manto, y se lanzó fuera de la habitación.

El caballero quiso seguirla y llamarla, pero no acertó á moverse.

Hiendole justicia, debemos declarar que ni por un solo instante había pensado en poner en duda la virtud de la hija de Mariana, y que al hablar de belleza y de juventud lo hizo, no en són de importuno galanteo, sino obedeciendo á la costumbre de dirigir palabras agradables á las mujeres.

Verdad es que le había parecido maravi-

llosa la belleza de Consuelo y que aquella belleza lo había impresionado vivamente, lo había fascinado y había producido en él un profundo trastorno; pero era su corazón demasiado noble para explotar la desgracia de aquella infeliz, y con la mejor buena fe del mundo ofreció el bolsillo.

Consuelo, por lo mismo que era pobre, se mostraba más exigente en cuanto al respeto que merecía su virtud, y al oír las palabras del caballero, trastornada por su dolor y ofuscada por la sorpresa, creyó encontrar algo que ofendiera su delicado pudor.

Para rechazar el dinero no necesitó reflexionar; era para ella cuestión de honor, y por nada del mundo se hubiera rebajado á entrar en explicaciones y razonamientos.

Maquinalmente había tomado el bolsillo, y obedeciendo á sus nobles impulsos, lo arrojó sin vacilar.

No pensó la infeliz que aquella noche no tendría que cenar su madre enferma; no pensó en nada más que en dejar á salvo su honor, que para ella tenía mucho más valor que la vida.

Imóvil como una estatua quedó el caballero por algunos minutos.

Lo que sentía no puede hacerse comprender.

—¡Oh!—murmuró al fin.—He ahí una mujer muy bella; pero más bella de alma que de cuerpo; he ahí una virtud á prueba de hambre, de sufrimientos.... ¡Vive Dios!

No dijo más.

Recogió el bolsillo y salió.

¿Quién era?

Ya lo hemos presentado á nuestros lectores; era el hijo de la condesa, era Leandro, el rival de Querubín, el amigo del pobre sastre.

No había perdido una sola palabra de la conversación entre la joven y el ama de gobierno, y por consiguiente sabía cómo se llamaba aquella criatura encantadora y en dónde vivía.

Lo que hizo entonces Leandro no lo sabemos con seguridad.

Consuelo volvió á su casa cuando no quedaba más luz que la débil claridad del vespertino crepúsculo.

Mintió para evitar sufrimientos á su madre, y dijo que no había encontrado á la condesa y tendría que volver á la mañana siguiente.

Así se tomaba un plazo con la esperanza de que Dios la socorriese.

Pero entre tanto no tenían que cenar, ni siquiera aceite para encender una luz.

Y el resplandor del crepúsculo se desvanecía.

Mariana suspiraba tristemente.

Consuelo iba y venía como si se ocupase en arreglar el pobre lecho y los más pobres muebles; pero en realidad lo que quería era callar y reflexionar.

¡Terribles momentos!

Esparcíase las tinieblas.

Y todavía Mariana no se había acostado.

El silencio era absoluto.

De vez en cuando percibíase el ruido de la respiración violenta de aquellas dos desdichadas.

De repente sonaron algunos golpes dados á la puerta.

—¿Quién llama?—preguntó la joven.

—Soy yo, vecina,—le respondieron.

—¡El señor Policarpo!

Abrió la joven.

—¿Pero qué es esto, dijo el sastre?—¿Aún estáis á oscuras? ¿Ya os habeis acostado?

—No.

—Entonces....

—No he comprado aceite,—dijo Consuelo.

—Entiendo, entiendo,—repuso el sastre con acento de dulce reconvencción;—pero me parece que no os he dado ningún motivo de queja para que me trateis así. Tu madre no puede moverse ni hablar, y por consiguiente nada digo de ella; pero tú, que puedes ir á buscarme y á decirme lo que pasa....

—Señor Policarpo...
—No mereces perdon.
—Vuestra situación es bien triste, porque hace mucho tiempo que no trabajais.

—Pero tengo algunos ahorros, no lo ignoras.

—Los habeis consumido.

Me sobra crédito en todo el barrio, y á Dios gracias ningún día me falta qué comer, y teniendo yo un pedazo de pan....

—Nos habeis socorrido muchas veces, y me parecía un abuso....

—No mereces perdon; pero en fin, te quiero demasiado, y olvidaré todo esto á condicion de que no vuelva á suceder. Espera, que voy á mi cuarto por luz, volveré en seguida y hablaremos, pues tengo que darte muy buenas noticias.

El sastre se alejó, presentándose otra vez á los pocos minutos con un velon encendido y bien provisto de aceite.

—Señora Marianna,—dijo,—no hay que afligirse, que Dios no abandona á las buenas criaturas. Todo nos sorprende en este mundo, lo mismo la fortuna que la desgracia; y como esto me lo ha enseñado la experiencia, no me dejo arrebatarse nunca por la desesperacion.

La pobre madre fijó en el señor Policarpo una mirada de indescriptible afan.

El sastre prosiguió diciendo:

—Ya me sobra el trabajo.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó Consuelo.

—Cuando ménos lo esperaba, se me presentó un parroquiano que necesita muchas prendas, y mostraba gran empeño en que yo las hiciese todas, porque le hablan ponderado mi habilidad.

—Es decir, que mañana....

—Trabajaremos sin levantar cabeza.

La señora Marianna elevó al cielo una mirada de gratitud.

—Hice presente,—añadió el sastre,—mi falta de recursos para comprar inmediatamente alguna tela, que el parroquiano no quiere tomarse la molestia de buscar, así como también hilo, seda, agujas y otras pequeñeces, y por toda contestacion me ha dado esto á buena cuenta.

Y sacó un bolsillo, haciendo sonar las monedas que contenia.

—Cuando esto no es más que á cuenta, figuraos lo que importará todo el trabajo que he de hacer. Por consiguiente, como tú has de ayudarme y he de pagarte bien, porque bien me pagan, dispon de este bolsillo.

—¡Todo eso!

—O lo que quieras.

—No tengo necesidad de tanto dinero,—dijo la jóven.

—Entre plata y oro hay aquí justos y cabales sesenta ducados, cantidad que partiremos, porque con la mitad me sobra.

Abrió el señor Policarpo el bolsillo y echó algunas monedas sobre la mesa.

Consuelo estaba aturdida y apenas acertaba á pronunciar una palabra.

—No habeis cenado,—dijo el sastre,—y os dejo en completa libertad.

Y sin escuchar algunas observaciones que Consuelo quiso hacer, salió.

Renació la alegría donde ántes reinaba la tristeza.

El señor Policarpo no exageraba, pues desde el día siguiente, ninguno le faltó trabajo á Consuelo.

Pagaba el sastre casi á doble precio que habia pagado nunca, asegurando que él cobraba doble también y que su conciencia no le permitia hacer otra cosa.

Aún no habia transcurrido un mes, cuando



Antes de las elecciones.

por casualidad encontráronse en la calle Consuelo y Leandro.

Miraronse como se miran dos desconocidos, puesto que ella no podia sospechar que aquel caballero fuese el que le habia ofrecido el bolsillo en la morada de la condesa.

Y lo mismo que una vez se vieron muchas La casualidad hace cosas bien extrañas.

No salia Consuelo una vez á la calle sin encontrar casualmente al hermoso caballero.

No se asomaba una vez á la ventana sin que por casualidad dejase de ver á Leandro.

No queria ella mirarlo, pero tenia forzosamente que verlo.

Ningun motivo tenia ella para quejarse de la casualidad, pues el caballero no le habia dirigido una sola vez la palabra, por más que muchas veces le hubiese hablado con los ojos.

¿Qué pensaba Consuelo de aquellas casualidades?

Lo ignoramos.

Trascurrieron dos meses más.

Consuelo estaba á todas horas pensativa, y se distraia hasta el punto de olvidarse alguna vez del mismo trabajo que la ocupaba.

(Se continuará.)

ANTES Y DESPUES DE LAS ELECCIONES.

Los habitantes de la aldea van y vienen, hablan sin cesar, discuten acaloradamente, y como suele decirse, están fuera de sus casillas.

Las elecciones se acercan y varios candidatos se disputan el triunfo. Todos ellos juran que aspiran al bien de la patria, que no quieren ser diputados sino para cumplir un deber, y que hacen un gran sacrificio al aceptar el cargo gravísimo de representantes de la nacion.

El que más y el que ménos ha echado sus cuentas y sabe ya lo que le conviene, y el que consiga triunfar encontrará seguramente

la recompensa; pero sin duda esto no lo comprende todavía el pobre pueblo, que trabaja y sufre para que unos cuantos descansen y gocen, y con una candidez sin igual sirve de escala para que los ambiciosos descreídos lleguen al pináculo de su fortuna.

El candidato no se parece en nada al diputado, son dos hombres distintos, tan distintos, que es difícil reconocer al uno en el otro, y esto es precisamente lo que queremos hacer resaltar.

No hay nada más dulce, más cortés, más benévolo, más sencillo que el candidato.

Ha llegado á la aldea para trabajar, no en su favor, pues desconoce las ambiciones, sino en favor de una causa, en pro de la justicia, de la moralidad, de la libertad, y de otras muchas cosas no ménos respetables.

Se presenta muy atento, muy cariñoso, casi humilde.

A todos les estrecha con efusion la mano y les ofrece su amistad; con todos alterna y todo le parece bien; y por último, á todos les promete, porque prometer no cuesta tanto trabajo como cumplir.

El candidato es uno de esos hombres severos, de conciencia immaculada, y que ántes consienten morir que aceptar cierta clase de transacciones.

Para ellos no tienen valor las personalidades; la idea ántes que todo, ántes que todo la justicia y la verdad, y bien puede decirse que cada candidato es un Catón.

Si gastan dinero para comprar votos, es contra su voluntad, porque así lo exigen las circunstancias, por-

que les es absolutamente preciso aceptar la lucha en el terreno adonde la llevan sus adversarios, porque es forzoso defenderse con armas iguales; pero todo esto les horroriza, y precisamente quieren ser diputados para concluir con semejantes inmundicias.

El candidato se presenta al alcalde, y se presenta sombrero en mano, y discute; habla con dulzura y escucha con benevolencia; y como si todo esto fuese poco, lleva su bondad hasta el punto de dirigir al buen alcalde algunas palabras de adulacion, asegurándole que es un gran hombre, que hace la felicidad del pueblo, que cultiva la tierra más hábilmente que ninguno, que las uvas de su viña son más dulces que ningunas, y que es preciso que el gobierno piense recompensar tan eminentes servicios con una cruz, que el candidato alcalde podrá llevar los días de fiesta como testimonio de que es un hombre extraordinario.

El alcalde no comprende que lo que quieren es crucificarlo; siente halagada su vanidad, se aturde, cree firmemente que es un gigante, se mira de piés á cabeza, y se sorprende de no haber caído ántes en la cuenta de lo mucho que valia.

Alentado de este modo, hace una tras otra exigencia.

Se cree con derecho á ser alcalde toda su vida, á disfrutar unos terrenos de propiedad dudosa, y á que á sus parientes les den empleos, aunque no saben escribir.

Y todo esto lo pide con un si es no es de orgullo, lo exige, lo impone como condicion precisa.

El candidato sonríe como si todo le pareciese muy bien; pone la diestra sobre la espalda del labriego, le llama su amigo y bebe con él algunos vasos de vino de la última cosecha, brindando por la prosperidad del pueblo.

El vino es excelente, segun dice el candidato.

El campesino lo lleva á su bodega para que

admire el buen orden en que todo lo tiene dispuesto.

Luego le hace visitar el corral y le habla del fenómeno de una gallina que no deja de poner en todo el año.

Después le enseña un ciruelo que él mismo sembró y que se desarrolla admirablemente.

Entonces el candidato suspira con triste languidez, y queriendo imitar á uno de nuestros más insignes poetas, exclama:

—¡Qué bella es la vida lejos del bullicio del mundo!... Aquí está la verdadera dicha. Si yo no tuviera que cumplir sagrados compromisos y altos deberes, aquí pasaría tranquilamente la existencia; pero los hombres políticos no nos pertenecemos; tenemos que sacrificarlo todo por la patria, por la idea que á todos ha de salvarnos.

Y lo mismo que hace con el alcalde hace con todos.

Va á misa, aunque no sea día de fiesta, y promete regalar un manto á la Virgen y emplear toda su influencia para que se aumente la dotación de culto.

Y cuando habla con las mujeres que tienen hijos, manifiesta sus opiniones contrarias á la contribución de sangre; y á los labradores les dice que pagan más de lo que deben, y que sobre este punto es preciso reclamar para que se haga justicia.

Si han de creerse sus palabras, le han ofrecido grandes cruces, elevadas posiciones y otras cosas por el estilo; pero todo lo ha rechazado enérgicamente y todo lo rechazará, porque no aspira más que al bien de la patria.

Lo mismo el alcalde que los caciques de la aldea se permiten alguna vez recibir con indiferencia al candidato; pero este no se da por ofendido, sino que por el contrario se muestra doblemente afable.

Va á ver al tío Barbecho, que es uno de los más ricos del lugar, y le dicen:

—Acaba de echarse á dormir la siesta, pero lo despertaremos.

—¡Pues no faltaba más!—exclama el candidato.—Déjele usted que descance; yo daré un paseo y volveré después.

Y se pone el sombrero, que ha cuidado de quitarse, y vaga por la aldea, soportando los ardores del sol y contestando con dulces sonrisas á las palabras de todos.

Tanta amabilidad, tanta llaneza encanta á los aldeanos.

Llega el día de las elecciones.

El candidato triunfa y vuelve á Madrid con su credencial.

Ha reiterado las promesas, y todos aguardan á que se cumplan.

Dan principio las sesiones.

Los que en la aldea saben leer, cogen los periódicos y buscan los discursos que debe pronunciar su diputado.

Este guarda su elocuencia para mejor ocasión.

Pasan algunos meses.

Los electores y amigos escriben á su representante; pero no reciben contestación á vuelta de correo, porque el diputado apenas tiene tiempo para comer y dormir.

Se le recuerdan sus promesas, y él responde que todo se arreglará y que tengan presente que no es tan fácil hacer las cosas como decir las.

El alcalde, tan adulado en vísperas de elecciones, se decide á emprender un viaje á Madrid; siquiera para tener la satisfacción de adular á un hombre tan campechano como el que solicitó los votos.

Llega á la corte el buen alcalde lleno de ilusiones, deja la mula en la posada, se pone camisa limpia, se afeita y se dirige á la morada del representante de la nación.



Después de las elecciones.

Llama, le abren y dice de buenas á primeras:

—Vengo á ver á don Fulano.

El criado mira de pies á cabeza al lugareño y sonríe con un sí es no es de desdén y compasión.

No acaba de abrir la puerta y responde:

—El señor don Fulano está en cama todavía.

—Pues si son las diez y media....

—No se levanta hasta las doce.

—Eso no importa, despiértelo usted y dígame que aquí está su amigo el alcalde, y que sacuda la pereza, porque tenemos mucho que hablar.

—Es imposible. Vuelva usted á otra hora.

El alcalde insiste y empieza á enfadarse; pero el criado termina la cuestión cerrando la puerta.

Dos horas después vuelve el aldeano decidido á pedir que se castigue la grosería del sirviente; pero el señor don Fulano ha salido ya y no se sabe cuándo ha de volver, porque tenía que ir al Congreso, y aquel día lo esperaba á comer el ministro de la Gobernación, y después iría al teatro, y más tarde pasaría probablemente un par de horas en el casino.

—Lo veré mañana,—dijo el alcalde.

—Mal día también, porque tiene que asistir á una reunión de diputados, y por la noche irá al baile casa de la señora condesa de X.

—Entonces....

—Y pasado mañana le sobrarán también ocupaciones.

—Una de esas ocupaciones debe ser la de recibirme.

—¿Tiene usted empeño en verlo?

—Para eso he venido á Madrid.

—Pues vaya usted al Congreso, y si tiene usted alguna paciencia conseguirá verlo al entrar ó salir.

Pasa el aldeano tres días mortales en idas y venidas.

Al fin consigue averiguar en qué sitio ha

de colocarse para ver al diputado cuando éste llegue al santuario de las leyes.

Armado de paciencia pasa algunas horas.

Se presenta el diputado.

El alcalde se le acerca, se quita su sombrero y saluda cortesmente.

El diputado apenas se digna mirar al pobre alcalde, y sin dejarlo hablar, le dice:

—Ya recibiría usted mi última carta.... Estoy muy ocupado.... No olvido las pretensiones de usted, pero son muchos los que piden y todos no pueden quedar satisfechos.

—Es que yo....

—Está usted en el mismo caso que todos.

—He venido á Madrid para explicarle á usted....

—No necesito explicaciones, porque todo lo comprendo bien. Vuelva usted tranquilo á su casa, que yo aprovecharé la primera ocasión para que quede complacido.

El pobre aldeano se aturde, no sabe lo que le pasa.

Da vueltas entre sus manos al sombrero.

Quiere replicar humildemente; pero el diputado lo interrumpe.

Intenta recordar aquellos buenos días que pasaron bebiendo el vino de la última cosecha y admirando la gallina que no dejaba de poner en todo el año.

Nada consigue.

Apenas puede hablar, porque son muchos los que cruzan por allí, y como si no reparasen en él, lo empujan y llevan de un lado para otro.

Muchos también saludan al pasar al diputado, y éste se vuelve para contestar á todos.

No se ha dignado alargar la diestra al que antes llamó su amigo; apenas lo ha mirado, y termina la conversación diciendo:

—La sesión va á principiar y no puedo detenerme.... Buen viaje y no se impacienta usted.

El diputado vuelve la espalda, da algunos pasos y desaparece tras una cortina, que es para el aldeano como el velo que oculta el tabernáculo misterioso.

Salte confuso y aturdido el pobre alcalde, mira á su alrededor y le parece que sueña.

¿No se ha equivocado?

¿Es aquel hombre el mismo que tan afable y humilde se presentó en la aldea?

¿Es el mismo que tuvo adulaciones, no solamente para él, sino hasta para sus gallinas?

Quiere reflexionar el aldeano, pero no puede poner en orden sus ideas.

Quiere hacer deducciones y no acierta; busca una fórmula para darse cuenta de su situación, pero tampoco la encuentra.

Cabizbajo y triste vuelve á su casa haciendo propósito firme de no dejarse engañar otra vez.

Sin embargo, mil veces lo engañarán.

Entre tanto el diputado hace un nuevo sacrificio en bien de su patria y acepta una dirección.

Y luego deja benévola que le cuelguen una gran cruz.

Y vota en los presupuestos un aumento á la contribución, y pronuncia un discurso para que se aumente el ejército.

Los pueblos deben hacer sacrificios como él los hace.

De su abnegación y desinterés ha dado pruebas, y tiene el derecho de exigir que todos lo imiten.

¿Por qué tanta diferencia entre el candidato y el diputado?

Esto se preguntaba sin cesar el buen alcal-

de; pero por su desgracia no acertó nunca á encontrar la solución del problema.

Si los electores hubieran dado su voto á quien no hubiera querido ser diputado ni le conviniera serlo, tal vez no habrían encontrado diferencia alguna entre el candidato y el diputado.

RAMON ORTEGA Y FRIAS.

SECCION DE AMÉRICA.

JUICIO CRÍTICO

DE LOS

POETAS AMERICANOS,

POR EL DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA.

(Continuacion.)

Estéban Echevarria, de Buenos Aires,—por desgracia ya fallecido,—ha escrito muchas y elegantes composiciones que merecen síd duda un examen detenido. Conocemos varias de tan delicado vate, entre ellas la que dedica á una señorita, y comienza:

La tierra es paraíso
para dos almas puras,
que en el alba de la vida
ha unido el santo amor:
benditas por el cielo
sin fatigarse marchan,
bebiendo la una en la otra
espíritu y vigor.

Otra composicion, dedicada por un veracruzano en 1862 á la excelentísima señora condesa de Reus, viene á aumentar el catálogo de las que conocemos de América. El poeta recuerda los años juveniles de la hoy inconsolable viuda, cuando le dice con tanta ternura como elegancia:

Seis ó siete lustros hace
que tierna madre mecia
rica cuna, do yacia
una niña angelical.
Y la brisa de estas playas,
los pañales azotando,
iba á la niña arrullando
en deliquio celestial.

Toda esta composicion está sembrada de delicados pensamientos, protestando en ellos de su amor á España, y descansando entre ella y Méjico una eterna paz.

Otra poesía del señor Rodríguez, dedicada al Puerto de la Guayra, y escrita allí en 1863, merece una especial mencion. Tiene una versificación correcta, buenas imágenes y correcta frase.

Dice en una de sus bellas estrofas (la última, que reasume las demás):

¡Oh Guayra! ¡con cuánto gozo
admiro tu santo templo!
De la piedad es ejemplo
un signo de ilustración.
Ese majestuoso alcázar,
testigo mudo, elocuente,
es la aureola refulgente
que ilumina el corazón.

Sabemos de otras composiciones del señor Rodríguez, que sin duda serán tan dignas de elogio como la ligeramente mencionada.

Las poesías de doña G. Gomez de Avellaneda, no hay persona medianamente instruida que no las conozca y admire.

Por referirse á América, citaremos la *Serenata dada á la excelentísima señora duquesa de la Torre en celebracion de sus días*, fecha-

da en la Habana, en la que hablan *El Poeta*, *La Voz de Cuba*, *Voz de la noche*, *Voz de la luna*, *Voz de las estrellas*, *Voz de las gotas de rocío*, *Voz de las flores*, *Voz de los corcos*, *Voz de las aves*, *Voz del bosque*, *Voz de los silfos*, *Idem del agua de los arroyos*, *Idem de la brisa*, *Idem de la mar*, *Idem de las nubes*, y otra vez *El Poeta*.

Esta composicion tiene bellezas de tal mérito, es tan original, tan espontánea, que bastaría por sí sola para dar fama á un hombre más exigente y presumido.

Comienza con esta delicadísima invocación:

¡Oh Antilla dichosa! ¡Qué mágicos sonos,
qué luz inefable, qué extraña alegría
del cielo destierra los negros crespones,
prestando á esta noche la pompa del día?

Y en este metro pasa á *La Voz de Cuba*, diciendo:

De mar, tierra y cielo contemplo asombrada
los nuevos primores, la nueva armonía.....
Respóndeme, ¡oh Cuba! ¿qué genio, qué hada
le presta á la noche la pompa del día?

La Voz de las gotas de rocío dice:

Para esmaltarnos
con sus albores,
sobre las flores
temblar nos ves,
ansiendo en lluvia
de mil diamantes,
rodar brillantes
bajo sus pies.

El resto de esta grandiosa composicion es de inimitable gusto; y no decimos más de su autora, porque todos los que han leído sus versos saben á qué altura raya y de qué modo hiere las más grandes dificultades del estro, y de los variados asuntos que sabe tratar con tanta delicadeza como profundidad viril.

(Se continuará.)

AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

NOVELA

POR TORCUATO TÁRRAGO.

TERCERA PARTE.

(Continuacion.)

XV

Terapéutica.

Pocos han creído en eso que se llama *enfermedad de amor*, á pesar de estar plenamente comprobada en todos los cuentos orientales.

Hipócrates no habla de semejante cosa: Galeno no dice esta boca es mía acerca de dicha enfermedad; Aberroes, áun siendo moro ó judío, ni áun se acuerda de ella en sus numerosos escritos.

Después viene toda la cáfila de médicos de la Edad Media, y desde el monje Alduino, médico y sabio que instruyó á Carlo Magno, hasta Ciudad Real, el del *Ceulton epistolario*, ninguno se fija en la dichosa enfermedad que nos ocupa.

Pasada la Edad Media, brotan hombres eminentes en la ciencia. Todo se conoce; no hay dolor que no tenga un remedio; no hay viscera que no se componga; no hay enfermedad que no se cure. Si se os caen los dientes, ya encontrareis quien os ponga una dentadura nueva, mejor que la que perdisteis; si una bala de cañón os priva de una pierna, ya encontrareis otra artificial que la sustituya; si se os salta un ojo, al punto habrá otro de rico cristal de Bohemia que lo reemplace; si vuestros vicios destruyen vuestra laringe, os pondrán una laringe de plata; si os quedais sordo, os pondrán un aparato acústico tan grande como un cañamón, con

el que oireis hasta el paso de las hormigas; si vuestra espina dorsal se dobla como un cayado, ya la pondrán derecha como un huso; y si se os pudre la nariz, ya os colocarán otra del tamaño y forma que gustéis, griega, turca, mongola ó árabe.

Todo esto hace la ciencia, que no es poco hacer, pero no ha podido llegar al corazón. Este es el *aguesque intrare licet* de la medicina.

El corazón no se cura ni con el escalpelo, ni con sustancias vegetales ni animales. Al corazón no llega el aceite de hígado de bacalao, ni la belladona, ni nada que pertenezca á la farmacopea.

Lo único que llega es la palabra, el dolor, el consuelo ó la muerte.

La ciencia reconoce hoy las enfermedades morales, pero las enfermedades morales no reconocen á la ciencia por lo regular.

El remordimiento es, *verbi gracia*, una enfermedad moral.

¿Qué médico puede curar el remordimiento? El desengaño es otra enfermedad. ¿Quién puede curar esa tisis del alma? Hombres conocemos nosotros que están muertos y andan, hablan y ríen; mujeres hermosas y feas conocemos también que dieron ya su último suspiro, y sin embargo van á bailes, van á paseo, y lo que es más, van al teatro Real.

Hay mujeres enfermas del corazón, como hay una novela de este mismo título. Por lo tanto, ¿tiene algo de particular que la lectura de la *Gaceta* fuera la causa de la enfermedad de Ana?

Ana, aquella hermosa niña tan alegre, tan brillante, tan deslumbradora, fué recogida del jardín, áun sepultada de su desmayo.

Nadie hizo caso de la *Gaceta*, que quedó rodando por el suelo, y por lo tanto nadie supo la causa del mal.

Se llamó al médico de la casa; éste acudió al momento, y después de informarse de lo que la niña se había desayunado, manifestó doctoralmente que un vahido, efecto de no estar bien hecha la digestion, era la causa del accidente. Recetó dieta, una bebida antiespasmódica y mucha quietud y reposo.

Al día siguiente, el médico había conseguido la curacion completa de Ana.

Esta se levantó un tanto pálida y triste. La *indigestion* había pasado. María no quiso que su hija se desayunase sino muy ligeramente. Verdad es que esta no tenía ganas de comer.

Ana volvió como si tal cosa á sus costumbres ordinarias, pero se notó que siempre estaba pálida, que jamás reía y que hablaba muy poco. Este cambio radical era demasiado alarmante para el ojo experto de una madre.

De cuando en cuando se le escapaban á Ana unos suspiros profundos que parecían salir del alma.

Solicito de su madre el ir todos los días á la Concepcion, y allí se la veía horas enteras delante de la Virgen de los Dolores, abstraída completamente del mundo.

Por vez primera, Ana cesó de correr, de jugar, de reír y de saltar. Parecía que se habían llevado á una y habían traído á otra. Ya no podía llamarse la *Liebre*. Había perdido el pseudónimo.

Esta rápida trasformacion habia de llamar profundamente la atencion de sus padres, que idolatraban en ella.

He aquí la conversacion que estos sostenian sobre el particular.

—¿Que es lo que tiene nuestra hija Ana,—preguntaba Pedro á su mujer con sorda inquietud.

María agitaba la cabeza á uno y otro lado, y contestaba:

—No lo sé, pero me lo presumo.

—¿Lo sabes acaso?

—Creo adivinarlo, áun cuando la niña nada me dice.

—¿Qué es entonces?

Y Pedro esperaba con ansiedad la noticia.

—Ya recordarás,—dijo María,—que nuestro vecino don Anselmo.... el beneficiado, que en paz descanse, tenía un sobrino que se fue á servir al rey.

—¡Vaya si lo recuerdo!—contestó Pedro.

—Y también tendrás presente, que nuestra hija y aquel muchacho se quisieron por algún tiempo, á lo cual nosotros no prestamos la mayor atención.

—Es verdad.

—Pues has de saber que en estos días se ha esparcido la noticia de la muerte de Rafael, y acaso esto....

—¡Bah!.... ¡bah! no es eso.

—¿No?

—No, María; Ana no se acordaba ya de Rafael.

—Mucho lo dudo, Pedro.

—Ana quería y quiere á Carlos Fuster. Por lo tanto, la desgracia de ese chico, ocurrida gloriosamente en la batalla de Tetuan, no es la causa de la situación de nuestra hija. Aquí hay otro motivo.

—Pedro, creo que estás equivocado.

—No lo estoy, María. Y si no, vas á ver si doy en la dificultad.

—¿Qué vas á hacer?

—A casar á Ana cuanto antes.

—¿Con Carlos?

—Con Carlos.

—Pero este se encuentra en Madrid.

—Los casaremos cuando venga.

—Pero vendrá ya para el mes de Agosto.

—Habrá que esperar hasta entonces. Poco importa. Es decir que nuestra pobre hija pasará unos cuantos meses de tristeza.

María movía la cabeza como quien se resigna á la opinión de su marido, pero sin considerarla infalible.

Y este diálogo que hemos bosquejado aquí se repetía diariamente en aquel matrimonio, en vista de que Ana seguía siempre triste y siempre meditabunda.

Porque á la verdad, la hermosa joven padecía eso que nosotros llamamos tisis del alma. ¡Enfermedad incurable, que no estaba en el cuerpo y sí en el espíritu!

Mientras Ana había considerado á Rafael lleno de vida y lleno de amor, le había sido inconsecuente y hasta desleal. Lo había dejado, medio olvidado, allá en el último rincón de su pecho; se había entregado á los placeres de la juventud; y sin saber cómo, alejándose poco á poco de su primitivo amor, se había aficionado al cariño silencioso y profundo de Carlos Fuster.

Ana hubiera amado de una manera inmensa á este joven si Rafael no apareciese de tiempo en tiempo en su corazón. Tal era el estado de su alma cuando llegó á su noticia la muerte del primero.

Entonces el amor y el remordimiento se apoderaron de ella; entonces comprendió su deslealtad, y entonces sufrió un golpe tan rudo e inesperado, que su espíritu cavó enfermo, sin que el médico pudiera dar con la enfermedad de la hermosa niña.

El pobre Esculapio estaba ciego. Verdad es que él no sabía estos versos de uno de nuestros poetas modernos:

Nadie muere de amores,
Dicen de nuestro siglo los doctores.
Mas cuando bien se quiere,
Muere el alma de amar ó el amor muere:
Y debe ser incómodo, por cierto,
Llevar siempre en el alma un amor muerto.

XVI

¡Pobre Rafael!

Ana adivinó esta poesía, que, á más de ser dolorosa, era de una verdad incontestable.

Ana no moría, pero llevaba en el alma el amor muerto de su esperanza, ó lo que es casi igual, llevaba el alma muerta de amor.

Todo lo pasado estaba vivo en ella; dolor, remordimiento, desesperación. Ella sufría por su falta de fe; ella lloraba por sus infidelida-

des pasajeras; ella hubiera querido rescatar con su sangre los momentos de indiferencia y coquetismo que había tenido.

Y los primeros quince días fueron un perpetuo paroxismo de sus facultades. Después comprendió que nada quedaba atrás, nada sobre su corazón; que se encontraba en medio de la soledad, cruzando un desierto sin límites, bogando á través de un Océano sin olas y sin riberas, y atravesando por medio de la vida sin sentir sus goces y sus perfumes.

En su aislamiento, en sus insomnios, en sus delirios, en sus oraciones, en sus sueños sólo veía el noble cadáver del soldado lanzándole aun su última mirada de amor.

Y aquella mirada era viva, penetrante, intensa; era la queja silenciosa, la reconvencción suprema, la esperanza marchita que no debía volver jamás, el eco perdido que debía extinguirse para siempre.

El tiempo que, según una frase vulgar, pero profundamente filosófica, todo lo cura, pasó sobre el corazón de Ana; dejó sobre ella esa capa de polvo invisible que nos lleva á la reconcentración misteriosa de nuestros dolores, á la aparente frialdad de los sucesos, á la indiferencia de la vida, y de aquí el que la joven siguiese los accidentes comunes de su existencia, sin manifestar, ni por una queja ni por una palabra, el drama sangriento que se verificaba en su corazón.

Y Ana siguió visitando á sus amigas, y siguió las costumbres que la sociedad había impuesto sobre ella, y no quiso manifestar el dolor de su alma ni los remordimientos de su pecho.

Sólo se notó que siempre estaba pálida; que el huracán había marchitado la hermosura de su semblante; que sus ojos habían adquirido un brillo más intenso y profundo; que su conversación era más lacónica; que se distraía á la mejor, como si su pensamiento volase á otras partes; que su sonrisa, cuando se sonreía, tenía algo de amarga y reconcentrada.

A veces, su madre la encontraba mano sobre mano delante del bastidor sin haber dado un punto en todo el día.

¡A ella que tanto le gustaba bordar! Entonces aquella madre nada le decía, pero besaba cariñosamente el pálido rostro de su hija, mientras enjugaba una lágrima que se escapaba de sus mejillas.

Ana, por lo regular, ni veía la lágrima ni sentía el beso de su madre.

Tal era su existencia ordinaria, mientras sus padres, cada vez más alarmados, se fijaban en el estado de su hija.

—Es preciso casarla,—decía Pedro manteniéndose siempre en su estribillo.

—No, es necesario distraerla,—contestaba María con mejor cálculo y mayor seguridad.

—Te digo que nuestra hija está enamorada,—insistía el padre.

—Te digo que nuestra hija tiene muerto el corazón,—respondía la madre.

—Eso consiste en que Carlos no está aquí.

—Lo mismo que si estuviera.

—En fin, lo veremos. Pero ahora, que principia la primavera, tengo adoptado un plan.

—¿Y qué plan es ese?—preguntaba la madre con inquietud.

—Escucha. ¿No dices que es necesario distraer á nuestra hija?

—Sí.

—Pues la llevaremos á Granada. No hay en el mundo una población más hermosa que Granada en los meses de Abril y Mayo. ¿Estás conforme?

—Lo estoy.

—Allí estará hasta pasada la festividad del Corpus.

—Corriente.

—Luego irá á Málaga. He leído en muchas partes que el mar es el remedio de la melancolía. ¿Aceptas mi pensamiento?

Y aquel buen padre miró á su esposa con ansiedad.

—Con toda mi alma.

—Luego, cuando aprieten los calores, se da la vuelta á casa, pasamos un par de meses en la recolección, viene Carlos mientras tanto, y negocio concluido.

Al día siguiente, Ana supo que iba á Granada con sus padres. El viaje se dispuso rápidamente, y cuatro días después todos estaban en la hermosa ciudad de Boabdil.

Ana vivía en la Carrera del Genil, que es el punto más pintoresco, alegre y animado de la población. Ana iba todas las noches al teatro; Ana visitaba todos los monumentos notables; Ana encontraba una serie de espectáculos que pasaba ante su vista como una extraña fantasmagoría.

Y se deslizaron dos meses de aquel modo.

Luego se llevó á cabo el viaje á Málaga.

Ana no había visto el mar, y el mar le asombró.

Una mañana muy transparente vió dibujarse la costa africana á través de la dormida tranquilidad del Mediterráneo. Ana sintió una ansiedad desconocida, y mandó lágrimas silenciosas y callados suspiros sobre aquellas crestas azuladas, que poco á poco se desvanecían bajo los rayos del sol.

Por último, á fines de Junio, se dió la vuelta á casa.

Ana parecía más resignada y más serena; había aparecido de nuevo en sus mejillas el color de la juventud.

En toda aquella variedad de emociones y de espectáculos, Ana había encontrado un poco de calma. El profundo dolor de su espíritu era menos denso; parecía que una trepa misteriosa se había establecido entre sus facultades morales y sus facultades físicas.

Sus padres estaban locos de contento.

Principiaban las faenas de la recolección, y la sementera prometía una abundante cosecha. La siega, la barcina, la trilla eran tres cuidados importantes. Pedro atendía á todo; María llevaba á su hija con otras amigas á la parda y espaciosa era luego que el sol trasponía por el Oeste. Allí pasaban gran parte de la noche jugando y bailando á la tibia luz de la luna; y Ana, sin saber cómo, volvía á ser la bulliciosa Ana de otros tiempos, aquella que había sabido conquistar el apodo de la *Liebre*, aquella que á semejanza de un torbellino de oro había deslumbrado al humilde estudiante, luego que este se engolfaba en la teología de *Perrone*.

Pero en medio de todo esto, cuando Ana parecía entregarse á la alegría, quedaba parada y sería de repente; y afectando un cansancio que era imposible en ella, se sentaba en un ángulo de la era, miraba un gran rato á la luna, y dando un suspiro que le salía del alma, exclamaba:

—¡Pobre Rafael!

XVII

Un recuerdo por una limosna.

El 15 de Agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora, fué el día que Pedro acabó su recolección de granos. La casa estaba materialmente llena de cereales; la cosecha había sido tan abundante que no se podía pedir más.

Por esta parte, la alegría era completa. Pedro encontraba la recompensa de todo un año de trabajos y de sacrificios, y por consiguiente su satisfacción se comunicaba á los criados de la casa, los cuales se vestían con sus mejores trajes para celebrar con aquel día de huelga y descanso los sudores que habían derramado durante todo el año agricultor.

Además de estos motivos de contento, había otro no menos digno de consideración. Eran los días de la dueña de la casa, y esto se celebraba de una manera espléndida en la de nuestro labrador.

Era costumbre, en primer lugar, amasar un *cabiz* de trigo ó sea quinientas cuatro ho-

gazas de pan, y repartirlo á los pobres. Ana era la que se ocupaba en distribuir estas limosnas. En segundo lugar se ponía una olla colosal, á fin de dar de comer á los viejos jornaleros del barrio que estaban casi imposibilitados de trabajar; y estas raciones de la caridad eran llevadas á la misma casa de los necesitados por todos los criados de Pedro, que no hacían otra cosa sino ir cargados de comestibles y volver con las manos vacías. En tercer lugar, Pedro ponía por su misma mano la espita á la mejor tinaja de su bodega, á fin de aplacar la sed de todos sus vecinos que se apresuraban á felicitarlo. En cuarto lugar, María mandaba una abundante limosna á las ánimas del Purgatorio, y distribuía otra, ya en aceite, ya en cera, ya en dinero á los santos de su devoción. En quinto lugar, la cocinera y el capataz de la casa (1) estrangulaban algunos pavos, dos docenas de gallinas, y degollaban despiadadamente á tres ó cuatro carneros. En sexto lugar, la casa se limpiaba, se fregaba y blanqueaba desde el portal hasta los cámaras; y por último, todo se ponía charolado, lustroso y magnífico, desde que la aurora echaba sus luces hasta que la noche derramaba sus sombras.

La cocina llamaba la atención por su limpieza.

El fuego ardía en la chimenea, y en torno de ella multitud de pucheros y cacharros contenían otros tantos sólidos manjares para solemnizar el día. Pendiente de los *yares*, ó sea la gruesa cadena de hierro que se coloca en el fogón, había una gran caldera, en la que cocía un gran carnero, y en una de las paredes de esta cocina se veía la estampa de San Anton, patrono del fuego, presidiendo, por decirlo así, aquel lugar.

(Se continuará.)

LA SED DE ORO.

LEYENDA EJEMPLAR

dedicada á la bella señorita

DOÑA MARÍA MERINO BALLESTEROS.

I

María era bella como un ángel; sus ojos de un azul parecido al de las olas del golfo de Botnia; su cabellera rubia estaba sujeta por detrás por una delicada hebra de plata; sobre su frente, y entre las ondas de su cabello, asomaba su cándida corola una margarita.

María era buena; su carácter dulce, la misericordia de su frente, el celestial brillo de sus ojos revelaban en ella algo más que una mundanal hermosura.

Sus padres eran ricos, muy ricos. La habían educado entre el fausto y el lujo, entre la ambición y el orgullo; pero María no se inestaba con las vanidades terrenas, como permanece tersa una gota de rocío caída al acaso sobre una planta impura.

María amó, pero amó una sola vez, como aman los poetas, con delirio; y la imagen de su amado velaba en su corazón puro de toda mancha.

Su amante era pobre, y sus padres no consintieron el enlace; su amante era pobre, es verdad, pero era rico en sentimientos, rico en ilusiones. Marcelo quizá era el único hombre digno de poseer á María; pero Marcelo no tenía oro, y no podía orlar su frente con perlas tan preciosas.

Sus padres les separaron con brutalidad, porque sus padres no concebían el amor, las ilusiones, ni la religión, ni los buenos sentimientos; su rey era el oro, su dios el oro, el oro su amor y sus deseos; y entonces María,

la niña de los ojos azules, la de los cabellos rubios, marchitó sus hechizos con las penas de su corazón.

En vano se afanaron sus padres en rodearla de médicos, pues el corazón de un padre siempre ama, de cualquier modo que sea; en vano destas suntuosas, bailes esplendidos dieron en loor de María; ésta, de día en día, fue desfalleciendo, como sencillamente va perdiendo sus colores y amortiguando su esbeltez la cándida flor que no reaniman los rayos benéficos del sol.

María sufría; ni una sola lágrima asomaba por sus ojos, ni una sola queja entreabría sus labios de rosa. Su carácter era el mismo, la misma su dulzura; pero á medida que su hermosura iba creciendo, un tinte angelical coloreaba de nuevo sus mejillas, y una nueva y celestial existencia parecía reanimarla.

Los médicos meneaban la cabeza con desconfianza en la cabecera del lecho.

Sus padres gemían y se retorcian los brazos locos de dolor.

Sólo María, la casta María, la sencilla violeta, permanecía serena ante la terrible faz de la enfermedad.

La *lisis* iba avanzando rápidamente; una blancura mate se iba apoderando de su rostro; solamente un ligero matiz de rosa coloreaba la nieve de sus pómulos.

Los *sabios* dijeron no haber más remedio que devolverla el amado de su corazón.

El vil orgullo hizo resistir todavía á sus padres; y María, poco á poco, iba desfalleciendo como desfallecen los rayos del sol poniente.

Muchos mensajeros recorrieron la ciudad en busca de Marcelo; la esperanza puso un ligero carmin en las mejillas de María.... pero Marcelo había desaparecido.

No por esto se inmutó María al recibir esta noticia; únicamente sus ojos buscaron en el espacio algo superior á nuestra esfera.

Una dulce tranquilidad brilló en su rostro; una vaga sonrisa entreabrió sus labios; un tenue suspiro abandonó su pecho, y murió inclinando su infantil cabeza sobre sus hombros, sin que un estremecimiento agitara los músculos de su cara. ¡Eja todavía su mirada en el azul de los cielos. María murió como una sensitiva plegándose al contacto de una mano ruda.

II

La noche tendió su lúgubre manto.

Las doce repetía con funerar eco la lengua de bronce de una vecina iglesia.

En un gabinete amueblado con lujo, y sobre un lecho de rosas blancas yace el cadáver de María. Todavía es hermosa; todavía es bella como la azucena silvestre. La muerte pareció devolver á su rostro los carmines que la enfermedad le robó despiadada. Como siempre, sus rubios cabellos caían en ligeras y juguetonas ondas sobre su garganta; como siempre, una sencilla margarita asomaba su cándida corola sobre su frente.

—¡Muerta María!—Hé aquí el grito de sus padres, locos de dolor: ¡María ha muerto! repite el eco en el solitario aposento. ¡María ha muerto! resuena en los corredores hasta llegar á la estancia de los criados. ¡María ha muerto! retumba con horrible voz en el corazón de sus padres á impulsos del remordimiento.

María ha muerto, y el vil orgullo de los autores de sus días ha cortado su existencia. Pasos precipitados suenan fuera de la estancia.

Un hombre penetra en aquella mansión de dolor. Su rostro está descompuesto, desgarrado su vestido; su mirada vaga, vidriosa, pareciera presa del más frenético delirio.

—¡María ha muerto!—exclama con ronca

voz.—¡Ah, María!!—Y cae abrazado con el cadáver de la que fué su María.

Un lúgubre silencio sucedió al grito desgarrador de Marcelo, silencio solamente turbado por el compasado péndulo de un reloj.

De pronto Marcelo se levanta, sus ojos están inyectados en sangre, sus músculos fuertemente contraídos; tiende una mirada de desprecio sobre los padres de su amada, que se hallan arrodillados á sus pies.

—¡Para que me han servido,—exclamó,—tantos afanes? ¿Para qué la fortuna que á fuerza de privaciones he conseguido? Cuando ya veía lucir la aurora de un tiempo más dichoso, muere sacrificada á vuestra avaricia la mujer que Dios había colocado en mi camino. Muerta María, muerta por vosotros, *¡tomad!*—y les arrojó un bolsón lleno de oro, que con argentino ruido se esparrió por la estancia.—¡Tomad, aquí teneis la vil cantidad en que habeis tasado el corazón de María. Preferiais venderla á un hombre millonario á dársela á un hombre de corazón; pues bien, yo la he comprado, y desde este momento es mía, exclusivamente mía.

Y estrechando convulsivamente el inanimado cuerpo de la que en un tiempo fué su ventura, lanzaba gritos de dolor, que resonaban pavorosamente en el corazón de los padres de la muerta.

De pronto, Marcelo se levanta: sus ojos adquieren un fulgor siniestro; una amarga sonrisa se dibujó en sus labios, y lanzando una mirada amenazadora sobre los padres de la difunta, cayó sin sentido en el pavimento.

Hoy Marcelo se halla en una casa de locos. ¿Será preciso que nos esforcemos en probar las tristes consecuencias de los matrimonios hechos por el interés?

Los padres de María se hicieron desgraciados por haber acelerado la muerte de su idolatrada hija.

¡Ojalá fuera este el único ejemplo, y esta leyenda sirva para detener á muchos padres en tan resbaladiza pendiente!

J. PASCUAL Y CAMP DE PADRÓS.

SECCION DE ACTUALIDADES.

HISTORIA

DE LA

INSURRECCION CARLISTA DE 1872

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

Siempre la oscuridad, la incertidumbre, las dudas, las esperanzas y los desengaños.

¿Qué sucede?

Nadie puede decirlo.

¿Qué resultados ha producido en definitiva el convenio de Amorevieta?

Esto es tan dudoso, tan oscuro como todo lo demás.

Ante todo, quisiéramos saber cuántos son los carlistas que se han acogido al indulto, y cuántos son los que quedan con las armas en la mano, pues sólo así podría apreciarse con exactitud lo que se ha ganado ó se ha perdido.

Dicen los partes oficiales que Guipúzcoa está pacificada, que en Vizcaya hay pocos facciosos y sin elementos para luchar, y que en Navarra los partidarios del Pretendiente esquivan el combate y se dirigen hacia la frontera; pero entre tanto, la lucha continúa, los carlistas inutilizan los telégrafos y los ferro-carriles, van y vienen, exigen raciones, hacen levás y recogen dinero.

Corre la sangre, esta es la verdad.

Los que aceptaron el convenio se han sometido, y los demás parecen doblemente envalentonados.

El convenio de Vergara puso término á la guerra civil, y creíamos que el pacto de

(1) Llámase *capataz* al que dirige la labor y representa al dueño de ella. En otras se llama *aparcero*.

Amorevieta significaba el fin de la sublevación.

En Vergara se hicieron sacrificios, pero dieron su fruto; sacrificios se han hecho también en Amorevieta. ¿Y los resultados?

Y sin embargo, se repite sin cesar que la rebelión ha concluido.

¿Cómo se explica esto?

Reconocemos nuestra torpeza.

Se ha querido evitar el derramamiento de sangre, y la sangre se derrama.

Deseábamos la paz, y estamos en guerra.

Un ejército respetable opera en las Provincias Vascongadas y Navarra, y no hay un solo soldado ocioso.

Esto es un hecho demasiado elocuente.

No podemos decir nada agradable.

Las facciones están ensoberbecidas hasta el punto de creerse autorizadas para erigirse en tribunal de justicia y disponer de la vida de hombres honrados.

No deben tener miedo á las represalias, no es posible que esperen castigo.

Los señores Calle, padre é hijo, anciano de más de setenta años el primero, y el segundo amoroso padre de una numerosa familia, han sido fusilados por los facciosos, es decir, han sido asesinados por el solo delito de haberles parecido bien que terminase sin sangre una lucha en que forzosamente, y más ó menos tarde, han de sucumbir los partidarios de don Carlos.

Para éstos eran todos los beneficios del convenio de Amorevieta, y quitando la vida á sus bienhechores es como han pagado la deuda de gratitud.

Cuando la soberbia se levanta y trastorna, es preciso herirla en las entrañas, porque la soberbia se enciende más cuando se le otorga el perdón.

Las dos víctimas que nos ocupan han pagado con la existencia la rectitud de sus intenciones y la generosidad de sus sentimientos.

Dios lo ha permitido, y en cuanto á los hombres cada cual responderá de su conducta.

Ya hemos dicho la semana anterior que nos parecían bien combinados los movimientos del ejército del Norte; pero esto no puede significar que ha concluido la sublevación.

¿Y don Carlos?

Ahora se asegura que ha estado enfermo en una casa de las cercanías de Bayona.

¿En qué ha consistido su enfermedad?

Dicen los unos que ha sido producida por su caída del caballo, y otros aseguran que la causa ha sido violentas conmociones experimentadas por el héroe que tan valerosamente dejó ver su espalda en Oroquieta.

Tanto puede costar huir como acometer, porque todo es ponerse en movimiento.

Si esta no es la verdad, es lo cierto que don Carlos de Borbon ha desaparecido.

En el resto de la Península es la situación poco más ó menos la misma que en la semana anterior. Partidas que se presentan y desaparecen; encuentros sin importancia, y presentaciones á indulto de los que no pueden hacer otra cosa.

Las noticias que nos envía nuestro corresponsal son también de interés escaso.

¿Debemos abrigar la esperanza de que para la semana siguiente haya terminado la sublevación?

Así lo deseamos, porque los pueblos están ansiosos de paz y porque la tranquilidad nos agrada.

Hoy tampoco copiaremos íntegra la carta de nuestro corresponsal, pues en algunos de sus párrafos se hacen observaciones que tal vez son apasionadas, ó que por lo menos tienen un color político muy marcado. Esto no nos sorprende cuando se trata de una persona que tan de cerca ve los sucesos.

Otro temor abrigamos, y consiste en lo que pueda suceder en Cataluña.

El capitán general de aquel distrito pide,

según se asegura, algunos refuerzos, lo cual significa que no ve la situación tan buena como es de desear.

Dícese también que se trata de formar para Cataluña otro ejército, poniéndolo bajo las órdenes de un general de merecida reputación.

Suponemos que la presencia de Tristany ha ejercido en el Principado bastante influencia, y ha reanimado y decidido á los que se mostraban vacilantes. Sólo así nos explicamos que empiece á considerarse como de alguna gravedad la situación de Cataluña, y así se explica también que el capitán general pida refuerzos y que se piense en la formación de un cuerpo de ejército.

No triunfará la rebelión carlista, y sobre este punto tenemos la seguridad de no equivocarnos; pero nos parece que es poco lo que hasta hoy se ha conseguido, y que con la falta de acierto ó de energía se da lugar á que los partidarios del Pretendiente busquen auxilio donde hace quince días no hubieran podido encontrarlo.

No se nos oculta que el gobierno se encuentra en la más crítica situación y que tiene que pensar en algo más que los carlistas; pero sobre este punto no entraremos en consideraciones, pues queremos continuar separados de la política cuanto nos sea posible.

En la provincia de Murcia trabajan también con incansable ardor los agentes de don Carlos, pero hasta hoy no han conseguido lo que deseaban.

En la provincia de Cádiz se alteró también el orden, presentándose una pequeña partida que parecía ser republicana. Uno de sus jefes tomó el nombre del señor Rispa. La usurpación ha sido conocida bien pronto, y no hay que decir que los periódicos republicanos son los primeros en condenarla. Hasta este punto la pasión política ciega á muchos hombres.

Bien desgraciadamente dió los primeros pasos la partida en cuestión, pues fue batida y dispersada inmediatamente, y apenas se tienen noticias de algunos de sus individuos.

Por poca importancia que este suceso tenga en absoluto, tiene mucha relativamente al estado en general del país.

Parece que en la provincia de Huesca se levantó estos días una partida respetable por su número y con la bandera del Pretendiente.

Hé aquí algunos párrafos de la carta de nuestro corresponsal:

«Muy señor mío: La situación no es nada risueña. Los más indulgentes cuando se trató del convenio de Amorevieta, concibieron las mejores esperanzas; pero estas se desvanecen ante una triste realidad.

No niego que hay verdadera descomposición y desmoralización profunda en las filas de los partidarios del absolutismo; pero aún recorren este hermoso país, y la sangre se derrama.

Son incalculables los perjuicios que experimenta esta industriosa y honrada población.

El comercio está paralizado y todos los intereses resentidos hasta un punto inconcebible.

Si los hijos de Bilbao fueran tan impresionables y se arrebataran tan fácilmente como los andaluces, ya habríamos tenido que lamentar más de un conflicto.

¿Cuántos millones le cuesta ya á Bilbao la sublevación carlista?

Esto no lo saben más que los que viven aquí.

Tal vez la rebelión termine en pocos días; pero no quiero hacerme ilusiones, y abrigo el temor de que nos encontremos lo mismo dentro de un mes.

Pienso trasladarme á Navarra, pues allí es donde otra vez se presenta con más fuerza la insurrección.

Los diferentes cuerpos del ejército continúan sus movimientos combinados, y el general en jefe parece que no se olvida de ningún detalle.

El capitán general de este distrito muestra

un celo digno de elogio, y su conducta me parece muy prudente y acertada.

Preciso es hacerles á todos justicia, porque todos cumplen su deber.

De los soldados nada digo, porque son siempre los soldados españoles, incansables, sobrios, subordinados, serenos en el combate, generosos después del triunfo.

¿Qué no puede hacerse con soldados españoles bien dirigidos?

Los extranjeros que se encuentran aquí se muestran admirados de lo que á mí no me sorprende.

A pesar de que los carlistas rehuyen el combate, les será forzoso aceptarlo ó emigrar dentro de pocos días.

Todas sus esperanzas se fundan en el resto de España, y diariamente esperan noticias de levantamientos que no han de ver.

De don Carlos apenas se ocupa nadie. Triste es el papel que representa en esta lucha que el mismo ha provocado.

Se hace cundir la voz de que Cabrera se ha decidido á venir á España; pero tengo motivos para creer que no sucederá así. Sin duda se esparcen estas noticias con el fin de reanimar á los que empezaban á desalentarse.

Lo que más ha preocupado la atención estos días ha sido el fusilamiento del señor Calle y su hijo.

Tan horroroso atentado no se olvidará fácilmente. El señor Calle, hijo, ha dejado una numerosa familia, á la que amaba con ternura sin igual. Dicese que su esposa está gravemente enferma, y que tal vez no pueda resistir tan terrible golpe. Si sucumbe, ¿qué será de sus pobres hijos?

La misma suerte de los desgraciados Calle hubieran sufrido otros á no adoptar con tiempo toda clase de precauciones.

Del cabecilla Velasco parece haberse apoderado el vértigo de la desesperación, y esto prueba más y más que ve perdida su causa.

Fusilando á Calle es como los carlistas han respondido al convenio de Amorevieta.

En algunas de las pequeñas poblaciones de Vizcaya y Guipúzcoa no se puede penetrar sin que se oprima el corazón, pues están casi desiertas y no se ve más que llanto y luto.

Siento no poder comunicar noticias de más interés, pero no las hay y la culpa no es mía.

Se repite suyo afectísimo s. s. q. b. s. m. — G. Ponte y Gamez.

Bilbao 11 de Junio de 1872.

De los últimos partes resulta lo siguiente: El general en jefe del ejército del Norte continúa la activa persecución para dar alcance al grueso de los carlistas. Un centenar de estos, mandados por Carasa, huyó precipitadamente de Salinas de Oro al tener noticia de la aproximación de las tropas.

Entre tanto, el coronel Catalan, dirigiéndose á Lerga, encontró la partida de Lizarraga y emprendió inmediatamente el ataque.

Los partidarios del Pretendiente resistieron poco, pues algunas granadas fueron bastante para desordenarlos y hacerlos huir. Pasaron por las inmediaciones de Pueyo y se encaminaron á Mendigorria, punto donde se creían más seguros por las condiciones del terreno.

La columna del bravo coronel Catalan continuó persiguiendo á los facciosos, y además fué á buscarlos desde Barasonin la brigada Ceruti.

El general Moriones, siempre incansable, emprendió también la marcha contra el mismo cabecilla, saliendo desde San Martín de Unx.

Es imposible que Lizarraga resista el empuje de todas estas fuerzas, y suponemos que procurará salvarse, continuando la fuga por los desfiladeros de Mendigorria.

El cabecilla Velasco, responsable de los crímenes que hemos mencionado, base últimamente en San Vicer, después de haber recorrido el país.

Los persiguen las columnas Zorrilla y Lopez Pinto.

El general Acosta tuvo un encuentro con la facción Cubillas, que iba mandada por Iturralde. Puso en fuga á los facciosos, les cogió trescientos fusiles, diez mil cartuchos y otros efectos de guerra.

Inmediatamente marchó hácia Orduña, y pudo por segunda vez atacar á los carlistas, haciéndoles bastante daño y cogiéndoles algunos prisioneros. Quedó inutilizada la herriera donde los facciosos habian establecido el taller para recomposicion de armas.

En Cataluña no ha tenido lugar ningun suceso de importancia.

El general Nouvilas salió en persecucion de las facciones Tristany y Estartús.

La partida mandada por Piñols recorre el distrito de Tibisa.

Castells y Garcerán se encuentran aún por la parte de Solsona, y son perseguidos por el brigadier Franch.

Encuétrase tambien en la provincia de Lérida el cabecilla Sanz.

El cura de Alcabon, ya tristemente célebre, con Bermudez, Mulita y Vazquez y ciento veinte caballos se presentó en Galvez. Exigieron raciones, se apoderaron de algunas armas y se dirigieron en seguida á la Puebla de Montalban.

A esta partida la persigue la columna que recorre la ribera del Tajo.

Asegúrase que los carlistas respetan á los Hospitalarios, que prestan á la humanidad los más importantes servicios. Esto es consolador.

Se dice, aunque no lo sabemos con seguridad, que han sido puestos en libertad el cabecilla Iturbe y el cura del Orio.

Son de mucho interés los detalles que publica un diario de Barcelona al ocuparse del encuentro de las facciones reunidas de Castells, Garcerán, Guin, Pou, Cadiraide y algun otro cabecilla, con las tres columnas de los coroneles señores San Fernando, Mola y Martinez y Roda, en las cercanías de Vallsebre.

Hé aquí como nuestro colega refiere el suceso:

«Los cazadores de Cataluña atacaron á la facción y la desalojaron de la altura, que habian tomado sin gran trabajo, puesto que aquello era tan sólo una estratagemma para traer á la tropa á la escarpada cortadura que circueve el pueblo de Vallsebre, en donde Castells tenía dispuesta su fuerza, habiendo amontonado de antemano en los peñascos que dominan el collado grandes rimeros de piedras.

Las dos columnas se acercaron poco á poco á la cortadura, que atacaron de frente por no haber por allí cerca ningun otro paso; pero al encontrarse en el estrecho parte de la fuerza más adelantada, y algunos soldados casi en el borde de la meseta, cayó sobre ellos una lluvia de piedras y balas que les obligó á replegarse á una casa de campo inmediata. A pesar de la intrepidez de los soldados, que demostraron repetidas veces, era inútil empeñarse en subir á Vallsebre por aquel paso.

Mientras esto sucedía por el punto llamado Grau de Soldevilla, el coronel Mola, que se encaminó tambien al sitio de la acción, al ver que se generalizaba y sostenía el fuego, se dirigió, como conocedor del país, al Grau de las Granotas, camino que conduce á Vallsebre por la espalda del paso que defendía la facción. Este acertado movimiento obligó á los carlistas á replegarse, pues iban á encontrarse envueltos; y sin embargo de que una parte de sus fuerzas corrió á cerrar el paso á la columna del coronel Mola, llegaron ya tarde, puesto que su vanguardia estaba ya arriba de la cortadura. La facción se batió en retirada desde la meseta de Vallsebre por los montes; el grueso de ella, con Castells y Garcerán, tuvieron seis muertos, que

quedaron sobre el campo, y unos cuarenta heridos, y las tropas seis muertos y veintidos heridos; y añade que los facciosos en esta acción se ensañaron cruelmente con dos pobres heridos de la guardia civil, á quienes acabaron de matar á pedradas y á culatazos, desfigurándolos horriblemente y despojándolos además de todas sus prendas.»

Tambien es interesante el episodio en que figura el capitán graduado del regimiento infantería de Zaragoza don Andrés Febrero y Fernandez, y lo copiamos á continuación:

«Un testigo presencial del hecho de armas que tuvo lugar el día 25 del mes próximo pasado en la aldea del Pinar, provincia de Burgos, contra la partida carlista mandada por Zariátegui, nos ha referido el heroico comportamiento del capitán graduado teniente del regimiento infantería de Zaragoza don Andrés Febrero y Fernandez, que siendo en aquel día destinado de avanzada con un sargento, dos cabos y veinte soldados de su regimiento, se adelantó con ellos para alcanzar á los carlistas á la carrera como una media legua del total de la fuerza, internándose con la caballería en el monte, donde se hallaban, y contribuyendo con los de esta arma al buen éxito de la acción. El referido oficial cuenta más de veinticuatro años de servicios efectivos y cerca de trece en su actual empleo, habiéndose encontrado en varias acciones de la campaña de Africa.»

CAUSAS CÉLEBRES.

JOSÉ Y FELIPE PARDO MARTIN,

POR

DON CARLOS PALOMERA Y FERRER.

(Continuación.)

La presencia de éste pareció tranquilizarle algun tanto.

—Ahora veremos —dijo Felipe;—ya viene allí nuestro hombre.

—Con efecto; ¿no te lo decía yo que no habia por qué temer?

El desconocido pasó próximo á los dos hermanos, y haciéndoles una seña casi imperceptible para que le siguieran, continuó su marcha dirigiéndose á la olava, es decir, al sitio en donde la gente ya no podia estorbarles.

Entonces se detuvo y se sentó sobre la arena esperando que se le acercaran los dos hermanos.

José y Felipe se aproximaron á él, é iban á preguntarle por el resultado de su encargo, pero él les dijo:

—Sientense ustedes aquí, y de este modo llamaremos ménos la atención. Hay mucha vigilancia en esta ciudad, y tengo motivos para vivir prevenido.

Sentáronse los dos de Almayate, y el desconocido prosiguió:

—Aquí están las dos cédulas. Me parece que soy hombre de palabra y que no he tardado mucho. Me ha costado algun trabajo conseguirlas, pero al fin las traigo. Están las cosas de un modo, que dudo mucho se hubieran ustedes provisto de esos papelotes si no haberse dirigido á mí.

Y metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta sacó dos cédulas de vecindad, que entregó á José.

—Vean ustedes si están como desean, —les dijo:—una á nombre de Francisco Garcia Fernandez, y la otra al de José Reyes Palacios.

José pasó la vista por ellas, y encontrándolas conformes con lo que deseaba, añadió:

—Muy bien; esto es lo que queríamos.

—Entonces ya nada hay que hablar. Vengan los cuartos.

—Nada más justo.

—Treinta reales por cada una, y luégo lo

que tengan ustedes por conveniente para unas cañitas.

—Que tomaremos juntos,—repuso Felipe. —No señor,—añadió el desconocido rápidamente;—lo siento, pero no me conviene que me vean con ustedes en ninguna parte, por si acaso se ha vislumbrado alguna cosa.

Los dos hermanos creyeron ver una ofensa en aquella negativa, y José dijo al hombre misterioso:

—Amigo mio, cuando hemos invitado á usted con nuestra compañía, es porque nada perderá en ello. No somos ningunos perdidos.

—No lo pongo en duda, pero la prudencia está siempre muy en su lugar. A mí me conocen bastante en Málaga, y el día mañana, doy por caso, caen ustedes en la grillera, y al preguntarles quien les ha proporcionado esos papeles, dicen ustedes: es uno que vimos en Málaga; «vayan ustedes á buscar á ese uno.» Pero añaden ustedes: estuvimos con él en tal y cual parte y tomamos esto y lo otro; y la justicia pide antecedentes á esas partes, y esas partes recuerdan haberme visto con dos forasteros, y cátenme ustedes metido en el ajo y descubierto. No en mis días, señores. Yo sé lo que son estas cosas, y sé tambien que la justicia tiene buenos sabuesos.

—¿Y usted cree que si llegara ese caso le delataríamos?

—¿Y por qué no?

—Eso es desconfiar de nosotros.

—Lo cual no tiene nada de extraño, puesto que no les conozco.

—Entonces, ¿por qué nosotros nos hemos fiado en usted?

—Porque no tenian otro remedio. Tal confianza no puede lisonjearme, ni yo he hecho nada para merecerla.... Conque vengan los sesenta reales, y cada uno por su camino, compañeros.

El extraño estilo de este hombre, su ruda franqueza, á traves de la cual se traslucía una marrullería de primer orden, todo esto, que tenia asombrados á los dos hermanos, les hizo comprender por otra parte que no debian insistir porque no adelantarian nada.

En esta atención, José sacó un bolsillo de estambre verde, encarnado y negro, y de él seis escudos ó medios duros, que entregó al hombre misterioso.

Este, como hombre bien educado, se guardó las monedas sin mirarlas siquiera y se levantó.

—Vaya, señores,—les dijo;—felicidades y hasta más ver.

Y sin volver siquiera á mirarlos, siguió costeando la playa, saludando al paso á los varios pescadores que se hallaban en ella, unos aparejando sus botes, otros componiendo sus redes, y otros descansando sobre la arena al zumbador murmullo de las olas.

José y Felipe Pardo, poco acostumbrados á tratar con hombres del carácter del desconocido, continuaban mirándose mutuamente; hasta que el primero, demasiado agitado por sus propias ideas para pensar mucho en lo que no podia afectarle directamente, se levantó tambien, diciendo á su hermano: —No he visto en todos los días de mi vida un hombre más original, pero á fe de José que me gusta. Es un *pua* que vale cualquiera cosa; y si no ha estado en presidio, se conoce que ha tenido muy buenos maestros.

Felipe se levantó tambien y volvieron al muelle.

—¿Y dónde nos vamos ahora?—dijo á su hermano.

—¿Qué sé yo? Nos pasearemos por ahí hasta que tengamos apetito. Entonces comeremos.

—En dónde?

—En cualquiera posada ó fagon.

—¿Cuándo volvemos á Almayate?

—Esta tarde, para llegar allí por la noche.

Nos conviene que nuestros buenos vecinos nos crean fuera del partido.

—En eso estoy también, si hemos de dar el golpe.

—¡Bah! podíamos no darle, cuando me estoy deshaciendo de impaciencia.

Después de estas palabras, la conversación tomó otro giro; y como nada de ella nos interesa conocer, la cortamos aquí en gracia de la brevedad.

XVI

Aquella misma noche regresaron los dos hermanos á Almayate, provistos, además de las cédulas, de dos retacos viejos y algunas municiones que compraron en Málaga, aunque no podemos decir dónde, y cuyos retacos ocultaron perfectamente en sus pantalones para que no se les viese si encontraban por casualidad alguna persona conocida.

La idea de muerte, que hacía diez años acariciaba la imaginación de José, iba, pues, desarrollándose con mayor insistencia, y la compra de aquellas cédulas falsas de vecindad y de aquellas armas y municiones atestiguaban más que nada la decisión del rencoroso joven.

XVII

Sentimos y deseamos á la par comenzar la narración de los horribles crímenes que dieron lugar á este *drama sangriento*. Lo deseamos para entrar de lleno en la parte interesante y verdaderamente dramática de nuestra narración, y lo sentimos porque nos estremecemos al tener que referir tantos horrores, y no sabemos cómo dar principio á nuestra empresa.

Pero antes permítansenos cuatro palabras por vía de advertencia á nuestros lectores.

Todo lo que vamos á referir es rigurosamente histórico, tan histórico, que hasta en sus menores detalles no hay nada producto exclusivo de nuestra mente. Hacemos historia y copiamos, puede decirse así, por cuya razón todo lo que digamos está tomado del proceso original y antecedentes que hemos buscado y adquirido en los sitios mismos de los hechos. Desde aquí seguiremos fielmente el camino que nos traza el mismo proceso original, único documento que nos merece completa fe, único origen que hemos consultado sin género de dudas. Lo que de él resulta es lo que estamparemos en el papel, aunque en algunos detalles se aparte algún tanto de las noticias particulares que hemos adquirido. Estas, como ya hemos dicho en otra parte, pueden muy bien estar equivocadas ó ser hijas de las pasiones humanas; su verdadero valor no podemos aquilatarle, y por lo tanto, sólo nos serviremos de ellas como de referencia ó como de datos curiosos para nosotros.

Si en la narración que vamos á emprender juzgamos á los hombres con demasiado rigor, disculpesenos, porque nuestras intenciones no son esas. Queremos sólo narrar, y narrar con la fría indiferencia del historiador que deja á los lectores en la libertad de apreciar como quieran el valor de sus héroes. Odiamos el delito, pero comprendemos al delincuente, y por lo mismo no nos agrada recargar con negros colores los hechos, ni meternos á juzgar las intenciones, calificando las duramente. Sólo para atenuar, analizaremos las consecuencias morales que se desprendan de ciertos hechos, y aún en estos casos, siempre con la justicia por delante y la indulgencia por divisa. Pero, lo repetimos: si en el calor de la narración se nos escapan algunas frases que puedan ser calificadas de duras, suplicamos á nuestros lectores las consideren como no escritas. Insultar á los que no existen no es noble ni cristiano.

XVIII

Al describir la casa de Francisco Domínguez, expresamos también, si no es infiel nuestra memoria, el número de individuos de que se componía su familia.

Pues bien, además de ésta, é impulsado

por su buen corazón, Domínguez daba asilo en su casa á toda otra familia procedente del pueblo de Alcaucín, y compuesta de un matrimonio, su hijo y la mujer de éste.

Francisco Ramírez Béjar y Antonia Luque Guerrero, los dos de más de cincuenta años, eran los padres de Francisco Ramírez, de unos treinta á treinta y dos años de edad, y suegro por lo tanto de la esposa de éste, María Jiménez, que podía tener unos veinticinco.

Jornaleros del campo padre é hijo, no pudiendo sostener en Alcaucín sus obligaciones por falta de trabajo, habíanse presentado en Almayate en busca de una ocupación cualquiera, y siendo amigos de Domínguez, habían encontrado en la casa de éste una hospitalidad generosa y espontánea. Domínguez les había cedido para dormir la planta baja de su casa, hasta tanto que encontrasen trabajo y pudiesen colocarse en otra parte, y con él vivían desde el 30 de Abril, sin que en este tiempo hubiesen tenido unos de otros la más pequeña queja.

Honrados y pacíficos, padre é hijo, agradecidos á la acogida que les había prestado Domínguez, ayudábanle en el cultivo de su huerta, á pesar que éste no quería consentir que trabajasen para él ni siquiera media hora cada día, pues decía que le bastaba con su criado Juan Urquizar, el cual, como debe suponerse, vivía también en la misma casa.

Hemos dicho también que Domínguez era honrado, y que su casa era un modelo de quietud y felicidad doméstica. En una posición que le permitía confiar en el porvenir, y con elementos para vivir con algún desahogo, Domínguez, algo afecto al dinero, iba aumentando poco á poco su caudal, y dividía su vida entera entre sus obligaciones y su familia.

Padre de tres preciosas criaturas, la mayor de doce años y la menor de cinco meses, recreábase en ellas con todo el delirio de su corazón, y eran para él, como lo son los hijos para los padres honrados, otros tantos lazos que le unían más y más á su familia.

Sin amigos íntimos de ningún género, era apreciado en Almayate, y podía estar muy seguro de ser querido de la mayoría de la población. Confesemos que estas circunstancias no podían menos de halagar su amor propio, y halagarle con justo motivo, porque el hombre honrado bien puede hacer gala de ello sin que por eso le llamen vanidoso ni tonto.

(Se continuará.)

SECCION FESTIVA.

Celebrábase en una Audiencia la vista de una causa contra un famoso bandido, y uno de los jueces se durmió sin que lo notasen sus compañeros; concluida que fue aquella vista, se empezó otra sobre aprovechamiento de un prado, y el juez continuó durmiendo. Llegado el momento de fallar, le preguntó el presidente:

—¿Y usted qué opina?

—¿Que le ahorquen!—contestó el magistrado medio dormido con una gravedad sin límites.

El presidente comprendió entonces lo que había, y replicó con calma:

—No se trata del criminal, sino de un prado.

—¿Pues que lo sieguen!—añadió el magistrado con la misma gravedad.

Fuese un gitano á confesar, y preguntó el padre:

—¿Qué es confirmación?

—Pare, jable osté claro que no chanelo.

—Hombre, es un Sacramento por el que nos corroboramos en nuestra fe; al administrarlo se pega en la cara.

—Basta, pare; entonces confirmo yo á mi mujer quince veces al día.

Daba en un pueblo un patán una sere-nata á su novia, y después de haber agotado su caudal de coplas quiso improvisar la última, y empezó:

—¿Tu puerta planto un pino.... á tu puerta planto un pino.... Y no pudiendo salir de allí, lo repitió varias veces.

El padre de la novia, su futuro suegro, despertando en aquel momento y oyendo las descompasadas voces de su yerno en ciernes, se asoma á la ventana asustado, y le dice:

—No le plantes, bruto, que mañana no podrá salir el carro.

Al pasar un portugués y un asturiano por un puente de cierto río, le preguntaron al primero:

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Antonio José Cainto Manuel de las Trascaldas de Ponto Abindarrau Loureiro de Pinto y Quiñones de Héro.

—Pues pague usted once cuartos, á razón de uno por nombre,—dijo el recaudador del pontazgo.—¿Y usted cómo se llama?—preguntó al asturiano.

—Apenas me llamo Pedru,—respondió el astur entregándole un ochavo.

Napoleon, como todos los hombres grandes, tenía momentos felices y cuartos de hora desgraciados.

Un joven teniente le presentó un día el sombrero que acababa de caérsele.

—Gracias, capitán,—le dijo distraído el emperador sin reparar en el grado.

—¿De qué regimiento?—exclamó el teniente con maravillosa presencia de ánimo.

—De mis guardias,—contestó el emperador. Y le dió el grado.

Un periódico inglés refiere la siguiente anécdota:

«El celebre crítico John B.... es un borracho de primera clase, y hace algun tiempo que fué en su habitual estado de embriaguez al Museo británico para tomar datos á fin de escribir un artículo sobre algunos cuadros nuevos. Al entrar miró á un espejo, y convencido de que tenía delante un cuadro, apuntó en su libro de memorias:

«Sala de entrada: Cabeza de borracho, sin firma. Mucho carácter; la nariz roja y la fisonomía embrutecida, son de una verdad admirable. Debe ser un retrato tomado del natural. Yo he visto ya esta cara en alguna parte.»

Á los dos días aparecía el artículo en un periódico, y cincuenta líneas del mismo estaban dedicadas á la crítica de *La cabeza del borracho*.

Dice un periódico brasileño que se ha inventado un aparato musical en la provincia de Minas Generales, que se llama Jicarofone.

Está compuesto este instrumento de jicaras y tazas; se dice que de tal modo están dispuestas, que producen al chocarse sonidos melodiosos.

De este modo no será extraño que dentro de poco veamos anunciado: duo de tiple y tenor con acompañamiento de jicaras de la Cartuja de Sevilla. O bien; romanza de barítono acompañada de tazas valencianas.

¡Oh portento!

—¿Diga usted, alojado, conoce usted á mi hijo Antonio Sotillo, que sirve en el mismo regimiento que usted?

—¿Vaya si le conozco! ¡Es un buen chico! ¿Como que es *gastador*!

—Ya lo era aquí; en eso se parece á su padre, que nunca trae el jornal completo.

Un predicador de Cuaresma, á quien ninguno del pueblo había convidado á comer durante su misión, dijo el día de su despedida:

—Contra todos los vicios he predicado, auditorio mío, menos contra el de la gula, pues ignoro cómo se come en este lugar.



Retirada de la facción en Mañaria, tomada de un croquis remitido por nuestro corresponsal.

—Señor doctor, he llamado á usted porque mi Juan está muy malito.

El doctor penetra en la alcoba del enfermo.

—¿Qué le duele á usted?

—El estómago.

—¿Tiene usted apetito?

—No señor, no puedo pasar bocado.

—Bien, para esta noche que le preparen á usted una docena de sanguijuelas, y mañana veremos que tal le han sentado.

Al día siguiente:

—¡Ay, señor doctor! Estoy asustada, mi Juan está peor.

—¿Le puso usted las sanguijuelas?

—Sí señor; le pregunté cómo las quería y me dijo que frititas.

—Frititas!

—Sí señor; pero apenas las tragó, yo creí que se moría.

El doctor sin despedirse se precipita por la escalera.

—Perico, ¿vas á redimir á tu chico?

—No, porque sirviendo al rey le ponen más espabilao.

—Pues al mío pienso meterlo en el mar, porque allí están menos expuestos á pelearse que los soldados de tierra.

—No seas animal, ¿no conoces que allí no podrá echar á correr?

—Por qué estaba usted tendido sobre la vía?

—Para que al pasar el tren me hiciera la cabeza una tortilla.

—¿Por qué quiere usted quitarse la vida?

—Porque me estoy muriendo de hambre y no quería padecer una agonía lenta.

—¿No son de usted los doscientos reales que se le han encontrado en el bolsillo?

—Si señor que son míos, pero no los quería gastar por si me hacían falta.

—Hombre, hoy me han hablado de usted.

—¿Quién?

—Unos que no tienen franqueza para llamarme de tú.

—Yo siempre tengo mil reales para servir á mis amigos.

—Préstamelos hasta fin de mes.

—Imposible, ¿no conoces que si te los presto dejaré de tenerlos á disposición de los amigos?

Una madre llevó á su hija para que la examinaran de doctrina cristiana.

El confesor la preguntó:

—¿Quién es Dios?

—El patriarca San José.

—¿Jesús, qué disparate!

La madre, dando á su hija un fuerte pellizco, la dijo:

—Bestia, ¿no te he dicho que Dios eran las ánimas benditas?

—Carlitos, tú le dijiste á papá que te comprase un fusil de aguja, y que ya no querías más juguetes; te le han comprado, y sin embargo me quitas todos los míos.

—Es que tú ignoras que quien tiene fusil de aguja puede tomar todo lo que otro tiene.

—Señor doctor, ¿podría tomar alimentos? Pues tengo bastante apetito.

—Sí; hoy puede usted tomar alguna cosa ligera, pero que sea muy ligera.

El enfermo se comió una liebre.

—¿Por qué fuma usted estando en fila?

—No fumaba, mi capitán.

—Entonces, el humo que sale ¿de qué es?

—Es que como estoy condenado sale el humo por la boca.

—Hombre, hace días que le espero con aquel piquillo.

—No he podido llevárselo á usted porque estoy gravemente enfermo.

—¿Enfermo y en la Plaza de Toros?

—Me ha encargado el médico que no pierda corrida, porque dice que necesito mucha distracción.

Examinábase un chico de geografía, y el profesor le preguntó:

—¿Dónde está situado Egipto?

Y aquel respondió muy satisfecho:

—Donde ha estado siempre.

CHARADA.

Mi primera y mi segunda siempre contigo la llevas, siempre la tienes delante, y también duermes con ella. Aunque no siempre, en el campo encontrarás mi tercera, que puedes comer cocida con aceite ó con manteca. Mi todo es bicho muy feo que se arrastra, y aunque fuera esté de su casa, dicen que en su habitación se encuentra.

Solución á la charada del número anterior.

HARAPO.

Editor propietario: JESÚS GRACIA.

Siendo este Semanario propiedad exclusiva de la Casa editorial de D. Jesús Gracia, se prohíbe su reproducción y traducción en todo ó en parte, para lo cual queda hecho el depósito que marca la ley.